

DESTRUCTORA

A woman with blonde hair, wearing a blue dress, is looking into a mirror. Her reflection is visible in the mirror. She is holding the ornate, gold-colored frame of the mirror. The background is slightly blurred, showing what appears to be a room with a window.

K SPENCER

DESTRUCTORA

La vida de una mujer a la que arrancaron su
alma

Título: Destruyectora

© 2018, K. Spencer Código de registro: 1808047972194

De la maquetación: K.Spencer

Diseño de cubierta: K. Spencer. canva. Imágenes google con derecho a reutilización.

Los personajes que aparecen en esta novela no son reales, son pura ficción. Cualquier parecido es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este relato, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art 270) y siguientes del Código Penal

Dedicado a mi esposo y mi hija.

Igualmente quiero dedicar esta novela a las escritoras que han dado ánimos para crear , por su dedicada entrega a la labor y gran compañerismo.

Francisca Herraiz

Andrea Golden

Marta Abelló

Jordi Ornos y su esposa Gracia

A mi querida amiga Carmen y Pepe Leal, fieles lectores de todas mis obras.

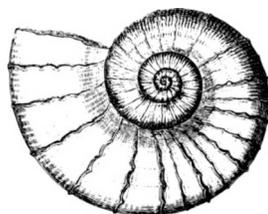
A Carola, a Pilar Sánchez, a Ángeles y Juan José Hernández Maldonado, a Paloma.

A todos mis seguidores en este afán por plasmar entre líneas momentos que atraviesan el velo de lo real para colarse por las ventanas de la imaginación.

Muchas gracias por vuestro apoyo y amistad.

Capítulo 1

La espiral



Puerto de Banjul, Gambia. North Atlantic Ocean.

Quedarse a la deriva en aquel océano hambriento de naufragios, era el peor destino que imaginaban los doscientos ocupantes del “Victoria”, un buque que tenía 210 metros de eslora cuya originaria función era la de transportar containers desde las Palmas de Gran Canaria hasta Nuakchot.

El desgaste del casco de la embarcación que ya rozaba los delgadísimos 12 mm de grosor, era más que evidente, delatando su pronto desguace y conversión en arrecifes de coral, con su esqueleto, tras el despiece de todo lo aprovechable.

El hundimiento a propósito de lo que quedara de ese cansado buque, con la perforación planificada en su casco, conseguiría crear más vida bajo la superficie del océano. Pero antes, en éste su último viaje, debía hacer llegar a los doscientos pasajeros que llevaba en sus entrañas a sus destinos.

Una mujer entrada en años, accedía a la pasarela que unía el dique del viejo puerto de Banjul con el oxidado “Victoria”.

Lucía un traje de corte italiano en tono marfil, demasiado fino y elegante para la ocasión. En aquel ambiente portuario, esa indumentaria no encajaba, más bien era una nota discordante que establecía una gran diferencia con el resto de los que pululaban por el puerto. Las mujeres parecían rivalizar en estridencia cromática por la tonalidad de sus llamativas telas *batiks*, y a los hombres parecía no importarles si los tonos de sus prendas no combinaban.

No iba sola, la acompañaba el taxista que la condujo desde su Hotel hasta el puerto, llevándole la maleta hasta el barco. Su presencia alejaba la cantinela de los llamados *bumsters*, nativos que atosigan a los turistas para obtener unos cuantos *dalasis* (*moneda oficial*). Ella se sujetaba el sombrero

del mismo tono que el traje para evitar que el aire se lo llevara . Uno de los extremos del largo pañuelo color camel que llevaba al cuello, bailaba flotando hacia su espalda. Sus ojos se escondían bajo unas gafas de sol tan amplias que abarcaban prácticamente la mitad de su rostro. Bárbara Alexander, como así se llamaba la distinguida europea, despidió al taxista y, manteniendo su lugar en la cola para el embarque, se asomó al agua apoyándose en la barandilla. Entonces, observó algo que le llamó mucho la atención: sobre la superficie de las turbias aguas jugaba un remolino de pescados muertos que flotaban esparciéndose en una forma un tanto extraña: habían hecho una espiral en el vaivén de su quietud, a la que se iban agregando más pescados muertos volviéndose esta figura cada vez más grande.

Este detalle, advertido sólo por una mente intuitiva como la suya, provocó un estado de alerta que la acompañó durante la subida al buque, pues a lo largo de su destino, aparecían ciertas señales antes de acontecimientos importantes... La espiral, simbolizando según ella evolución y progreso, la preparaba ante un hecho que iba a cambiar su vida...

Subió al barco entre la multitud que buscaba un sitio donde dejar sus fardos y maletas y asegurarse las mejores vistas del viaje. Bárbara había reservado un camarote, que compartiría con otros pasajeros, pero al entrar en él y sentir el olor a óxido rancio que imperaba en toda la acorazada estancia, imposible de camuflar con ambientadores y perfumes, prefirió instalarse en cubierta, con quienes pagaron la mitad del pasaje por no poder acceder a la comodidad de las literas en tales camarotes.

La superficie de las paredes y suelo de la embarcación estaba compuesta por planchas de acero y hierro, tan viejas que se veían sus láminas deshojarse como flores marchitas. No servían las capas de pintura que intentaban tapar tal putrefacción de su estrecha solidez tan sólo aliviada con los grumos que se

formaban de los tintes, soldaduras y parches.

En cubierta, bajo las estrellas, pasaría mejor la noche en las tumbonas; no tendría la intimidad del camarote, cuyas literas disponían de una mullida colchoneta, pero no tendría que soportar la pestilencia de óxido a la que se unía el olor a sentina.

Los pasajeros se amontonaban a popa y estribor para despedir a los familiares que les saludaban desde el puerto entre un nervioso trasiego de viajeros y mercaderes del espontáneo mercadillo sobre extendidas telas teñidas al típico estilo batik.

Algunos niños se lanzaban al agua desde las maderas del dique, otros jugaban bajo las pasarelas, inquietos ante tanto trajín y pendientes de atisbar algo valioso que pudiera haber caído por entre los tablones de los fardos que arrastraban comerciantes y pasajeros.

El barco se puso en camino, dejando una estela espumosa que acabó por esfumarse al entrar mar adentro.

El destino de Bárbara eran Las Palmas de Gran Canaria, España, a donde esperaba llegar en cuatro días, según solía durar ese trayecto. No era la primera vez que tomaba ese rumbo, pero otras veces había cogido el avión, que en unas pocas horas, la dejaba en su destino, en la isla que acostumbraba visitar para someterse a tratamientos que mejoraran su salud y belleza. Después, regresaría a Banjul para seguir regentando el complejo turístico hotelero del que era dueña desde hacía más de veinte años.

Tras el último implante de silicona que le pusieron hacía seis meses para moldear sus mamas, notó ciertas molestias que no estaban previstas, y para evitar problemas le desaconsejaron volver a la clínica de Las Palmas en avión. Por ello, cogió ese barco que era el medio más seguro dadas las

circunstancias, pero para ella suponía una gran molestia, acostumbrada a los lujos y comodidades.

A medio trayecto, habiendo pasado Dakar y Nuakchot, se desencadenó una repentina tormenta.

Bárbara Alexander se aferraba a su sombrero, sobrecogida por la estampa de voluptuosas nubes grisáceas que estaban devorando el horizonte a su paso y las ráfagas de viento que sacudían en todas direcciones.

Las aguas enfadadas se teñían del mismo tono oscureciendo el paisaje marino intensificando en esa negrura, el resplandor de impresionantes rayos que parecían resquebrajar el cielo, en una batalla de Zeus contra Neptuno ante el espanto de todos los que viajaban en ese barco.

Una mujer del grupo étnico de los Yoruba sacó de una bolsa unos caracoles destinados a la adivinación, llamados *diloggun* y los esparció sobre una estera; era una especie de santera que intentaba saber qué les depararía tras esa tormenta. Tal como quedaron dispuestos, sus caracoles no mostraban buen augurio, y en pocos minutos la embarcación comenzó a crujir a la altura de Dakar.

Temiendo que el barco, dado su deplorable estado, acabara partido en dos, el capitán y sus subordinados debían evacuar a todos sus ocupantes a los botes salvavidas.

Bárbara estaba tan asustada como el resto del pasaje, y a la vez colérica por no haber sabido interpretar ese aviso que los peces, en forma de espiral la advertían de un grave peligro si cogía el barco. Tenía que haber intuido que ella iba a ser como uno de los pececillos que flotaban inertes en el remolino, y que algo o alguien la estaba tratando de proteger y hacer que se quedara en Banjul.

El remolino de peces muertos dibujando una espiral le había querido decir que ese barco, el “Victoria”, acabaría hundiéndose igual que cada pez que se situaban en el centro de ese cúmulo en forma de espiral.

Prepararon los botes para iniciar el salvamento, en medio de la histeria que se estaba originando al ver cómo se iban desprendiendo trozos del barco, cómo se iba despedazando a cada embate de las furiosas olas que golpeaban con furia el casco.

El capitán intentaba salir de la corriente oceánica que dificultaba el manejo del barco o de lo que iba quedando de él, pues parte de la proa salió despedida al sobrevenir una pared de agua potentemente demoledora.

Parte de los viajeros cayeron al agua en tal desastre y no se les volvió a ver, engullidos por las voraces olas asesinas y entre gritos y muestras de pánico, todos los que pudieron se amontonaron en los botes como última salida a su supervivencia.

Bárbara ya no se aferraba a su maleta, al igual que otras mujeres que soltaron los fardos con sus pertenencias más valiosas que consideraron por perdidas, prevaleciendo por encima de todo su deseo imperioso por sobrevivir. Los brazos los necesitaban para proteger a sus hijos aquellas que habían embarcado con sus pequeños con la ilusión de darlos a conocer a sus familiares en Canarias y procurarles unas vacaciones extraordinarias y tal vez un futuro mejor.

Había que bajar inmediatamente los botes, pues todo salía despedido cada vez que se les venía otra montaña de agua. Las tumbonas, mesas, sillas rodaban por cubierta, y parte de los toldos y barandillas se lanzaban como proyectiles disparados contra el puente de mando haciendo imposible el

manejo del barco, que ya estaba dando sus últimos suspiros. Y en ese caos, no podía controlar ni asumir el mando el capitán que, en medio de tal desastre lo único que le quedaba era ordenar a la tripulación que diera preferencia a las mujeres y a los niños para ocupar los botes y que todos se pusieran los chalecos salvavidas, repartiéndolos hasta que no quedó ni uno. Un muchacho de unos 15 años, que seguramente tendría que saltar al agua antes de ver al barco desplomarse del todo, estaba reclamando su chaleco desesperado entre la marea de hombres que se le ponían delante y cuando al fin sus manos llegaron a asomarse a la vista del capitán, vio que ya no le quedaba ni uno, ya no había más chalecos.

El capitán, sin pensarlo, y considerando que ese chico merecía sobrevivir, que tenía una vida por delante y que él ya había recorrido en sus 50 años la mayor parte como pescador y después como patrón de embarcaciones, pensó en su hijo, que tendría la misma edad que ese muchacho, y sin dudarlo se quitó el chaleco poniéndoselo a él viendo cómo se le caían dos lágrimas tan temblorosas como su alma en esos momentos. El capitán siguió después indicando a todos los hombres por dónde debían arrojarse en el momento que él dijera y entre la locura y el pánico, algunos se tiraban antes o caían convirtiendo ese momento en la antesala del apocalipsis, pues sabían que no se librarían de la muerte, bien por ahogamiento o bien por las fauces de los sanguinarios tiburones.

Las mujeres que quedaban en cubierta sin poder acceder a los botes, pues éstos estaban sobrecargados con el doble de los permitidos, no dejaban de gritar intentando desasirse de los brazos que les impedían el paso de los encargados de mantener el orden en esos trágicos instantes, algunas llamaban a sus hijos pequeños que ocupaban su lugar en un bote, por lo que en un gesto de piedad, las dejaban subir, arriesgando en ese gesto el salvamento.

Las cuerdas comenzaron a descender, deslizándose a los botes a las furiosas aguas del vengativo océano, que quizá reconoció a esta embarcación que echaba las redes años atrás se apoderándose de los tesoros de su fauna marina y decidió vengarse al verla ya vieja y débil. Las crestas del oleaje golpeaban con incontenible violencia el cascarón mutilado del barco, haciéndolo añicos a su antojo, sin piedad alguna, mostrando las garras del infierno.

Las cuerdas resistieron hasta depositar los botes en las aguas embravecidas. Ahora debían remar para distanciarse lo suficientemente del barco y no ser arrastradas en la succión que se originaría si el “Victoria” se desplomase ante los ojos de las mujeres y niños desde los botes.

Dentro de la pequeña barca que ocupaba Bárbara había lo menos 25 personas y apenas quedaba sitio para moverse.

Dos mujeres tomaron los remos y enérgicamente, como si lo hubieran hecho toda la vida, remarón en una carrera a la salvación con todas las fuerzas que salían de sus entrañas, casi era algo sobrenatural el colosal empuje que daban esos remos movidos con tanto brío. Era algo inexplicable, pero que hizo posible que avanzaran tanto que ya sin peligro, pudieron mantenerse a salvo para cuando la irremediable inmersión de lo que quedaba del barco se diera sin remedio.

Desde los botes, las madres tapaban los ojos a los niños para que no vieran cómo se lanzaban o caían al agua los hombres que quedaron en cubierta, como muñecos derribados en el macabro juego desafiante del hombre ante la furia del océano. El capitán tiró uno de los flotadores y varios objetos que pudieran flotar como barriles para que los que se habían arrojado se pudieran agarrar a algo. En uno de sus intentos por lanzar todo lo que sirviera para mantenerse sobre superficie agitada y embravecida de las aguas, recibió el embiste de una de las olas en su cuerpo y cayó abatido golpeándose

contra el mástil que aún se erguía balanceándose como una llama agitada por todos los vientos del mundo. Y en lo que tarda un rayo en cruzar las cortinas de los densos nubarrones, el destartado barco desapareció hacia las profundidades convirtiéndose en tumba del capitán y arrecife de corales, siendo la muerte dadora de vida.

A los pocos minutos, los gritos de los que flotaban con el chaleco salvavidas y agarrados a lo que el valiente capitán arrojó, dejaron de oírse. Todo quedó oscuro y silencioso, y entonces apareció otro tipo de miedo. Miedo a no ser interceptados por otro barco, a no ser rescatados, a ser incluso arrollados por otra embarcación que no atisbara su presencia a la intemperie del cielo y el mar.

El bote en el que estaba Bárbara, con el sobrepeso se estaba empezando a deshinchar. La alarma reinó en todas las madres que se miraban unas a otras aterrorizadas y esperando que la carga se aliviase, rogaban que se fueran del bote algunas de ellas, enloquecían por buscar una solución con urgencia, gritando en su lengua nativa:

—¡¡Se está rompiendo el bote!!! ¡¡¡Salid, salid!!!

Era difícil elegir, pero el sentimiento materno protector se manifestó en tres mujeres que no querían que sus hijos se ahogaran y, teniendo a sus hermanas o familiares en el mismo bote, decidieron salir de él pidiendo que cuidasen de sus hijos si les pasaba algo a ellas. Con decidida y arriesga valentía salieron de la pequeña balsa flotante y se fueron agarrando a las cuerdas del borde, al lado de sus hijos a los que no paraban de decir que todo se iba a acabar, que pronto les rescatarían y así acallar los lamentos que inundaban aún las esperanzas por sobrevivir.

Tenían que arrojar a alguien más por la borda. La pequeña embarcación se las veía y deseaba para mantener el equilibrio ante los embates de las fuertes

olas que la zarandeaba. En total bajaron seis mujeres, pero no eran bastantes. Había que aligerar aun más el bote y todas las miradas fueron a parar a Bárbara. Ella no tenía hijos, al menos en ese bote y por ello no era tan indispensable en cuanto a las criaturas que había que salvar. Entones, sin que mediase palabra, ella misma se deslizó afuera sujetándose a una de las cuerdas del borde como las demás. Las miradas de las mujeres con niños en sus brazos eran lo suficientemente reveladoras para entender que debía respetar su prioridad. Primero eran sus hijos, y después las madres, tías, para cuidar de ellos. ¿Qué necesidad había de proteger a la que consideraban ya una anciana que tarde o temprano iba a acabar su periplo por esta vida? Sin embargo a sus hijos les quedaba mucho por recorrer, se merecían una oportunidad. En su día, podrían trabajar y emprender grandes aventuras o simplemente crecer y formar una familia. Pero esa señora vieja y medio arrugada ya poco podía esperar de la vida más que el reposo de un plateado atardecer.

Bárbara vislumbró en el resplandor de un rayo un hombre flotando con medio cuerpo fuera apoyado sobre una tapa de barril, y tras él una fila de más supervivientes que, gracias a la proeza del desaparecido capitán, habían logrado sujetarse a los flotadores y otros materiales que servían como tabla de salvación. No sobrevivirían en esas condiciones durante mucho tiempo. Los escualos irían apareciendo atraídos por la sangre que iba tiñendo de rojo las oscuras aguas del Atlántico. Y en ese marco trágico de puro pánico, Bárbara casi se soltó del bote, al resbalarse de la parte en la que se sujetaba, pero una de las mujeres la izó nuevamente aunque con ello ponía en peligro el bote salvavidas que cada vez se deshinchaba más.

Una plancha de plástico se hallaba a metro y medio de distancia de ella. Le ayudaría a mantenerse a flote sin tantos esfuerzos. Pero el hecho de desasirse de la cuerda para intentar agarrar el plástico flotante era demasiado

arriesgado. Una ola fuerte decidió por ella que la desprendió de su sujeción para dejarla a merced de la corriente y tomando impulso de extrañas fuerzas que nacieron en ella, llegó hasta la plancha exhausta.

El hombre que igualmente luchaba por no hundirse, la llamaba por su nombre. Le reconoció a duras penas, era uno de los empleados de los Hoteles que ella regentaba, que seguramente había cogido el barco para ir a Canarias y saltar desde allí a la Península, como solían hacer los que iban prosperando y se lo podían permitir.

—Ushman!! — gritó Bárbara pronunciando el nombre de quien se debatía en una lucha por seguir respirando aunque se sumergía continuamente bajo el agua, dada la poca capacidad de la tapa del barril por sostenerle, pues era muy delgada y apenas se intentaba poner encima, ésta se hundía hasta que en uno de los intentos se perdió de su alcance.

— ¡Agárrate aquí, Ushman!! — le repetía su salvadora, empujando la plancha con los impulsos de sus piernas que estaban fortalecidas de sus buenos largos en la piscina olímpica del complejo turístico.

Ushman , desesperado por asirse a algo, braceó hasta Bárbara que tan sólo estaba a dos metros de distancia y al final pudo cogerse a una de las esquinas de la tabla de salvación improvisada, jadeando de angustia y agotamiento.

En esa superficie plástica cabían los dos perfectamente si se colocaban haciendo equilibrio. Con mucho cuidado fueron subiéndose al unísono hasta estar prácticamente fuera del agua, con tan sólo las piernas sumergidas de rodilla para abajo, lo que les ayudaría a remar con los pies.

Parecía que de repente sobreviniera una extraña calma, la tormenta se había ido alejando y las aguas se convirtieron en un remanso de paz.

Pero, como salido de la nada, una boca gigante y demoledora aprisionó una de las piernas de Ushman que lo arrastró hacia el fondo, ante la mirada horrorizada de Bárbara y las mujeres y niños de los botes.

Unos gritos ensordecedores rompieron la calma antes recobrada y el pánico y la histeria dominó ese dantesco escenario de lamento y dolor. Se fueron sucediendo más ataques de los feroces tiburones que estaban decididos a cobrarse su botín del naufragio que les procuraba tanto por digerir, un banquete que no conocía la palabra piedad y se presentaba atendiendo a la ley del más fuerte en el reino de la Naturaleza , en el principio de todo ser viviente , o comes o te comen.

Bárbara abarcó toda la tarima para ella sola, sin sacar ni un ápice los pies o las manos de ella, atenta alrededor para ver por dónde iban a atacarla, preparándose para mirar de frente a la muerte.

La carnicería era impresionante, los chapoteos de los tiburones cazando a sus presas eran visiones del mismo infierno, de esos seres monstruosos que salían de improviso ahogando en un último grito a sus víctimas.

En medio de esa locura que parecía no tener fin, se escuchó el sonido de una sirena de barco. Era como si el “Victoria”, desde su agonía en el fondo del Atlántico estuviese aullando a la vez que las horrorizadas presas que iban cayendo una tras una en el remolino de los terribles depredadores.

Pero no, no era el fantasma del barco hundido el que hacía sonar esa cada vez más fuerte alarma tan característica de los colosos transoceánicos. Era una de las embarcaciones de guardia costera de Cabo verde, a 500 kilómetros de la costa africana que habría recibido la señal de socorro del capitán cuando éste se percató de lo que se les venía encima.

Suerte que Boa Vista, la isla más cercana, tenía en el puerto de Sal Rei

excelentes medios de comunicación, dado su continuo flujo de turistas que acudían a disfrutar de sus arenas blancas y aguas turquesas.

Ahora las voces eran de desesperada llamada de auxilio. Y en pocos segundos se fueron izando uno a uno a todos los supervivientes que habían mantenido un agónico equilibrio por no sumergir ninguna parte de sus cuerpos en el agua, aunque algunos llegaron a deshacerse de las mandíbulas asesinas y conservaban sus extremidades con la huella en ellas de los afilados y sanguinarios dientes.

Alumbrando con potentes linternas , desde el barco salvador iban enfocando allá donde escuchaban los gritos de socorro, acercándose a ellos y mediante una escalera de cuerda y metal los iban subiendo para reanimarlos.

Los botes consiguieron mantener a los que llevaban dentro a salvo. Mujeres y niños que antes temblaban de horror , soltaron los llantos en la embarcación amiga que les brindaba una nueva oportunidad en la vida, desahogándose entre agradecimientos y el más hondo pesar por las personas que habían muerto tan cerca de ellos sin haberlo podido evitar pues ellos mismos estarían ahora en las fauces de los escualos si hubieran permitido subir a todos los que se quedaron fuera de los botes.

Tardarían mucho tiempo en superar ese trauma, muchos no volverían a coger un barco en su vida, y el sentimiento de culpabilidad por ver a sus semejantes engullidos les perseguiría de por vida, a no ser que se sometieran a sesiones de terapia que mitigaran todo ese dolor y les ayudase a recuperar la capacidad de seguir adelante en la vida perdonándose de algo que no pudieron evitar.

Cuando vieron a Bárbara en su plancha de plástico, creyeron que estaba muerta. No gritaba, estaba echada a lo largo de la tarima, sin moverse, totalmente paralizada. Un marinero bajó por la escalerilla y con una cuerda

trató de tocarla al lanzarla hacia ella, que estaba a tres metros del casco. Pero no se inmutó. Era muy arriesgado lanzarse al agua para recogerla, y había otros supervivientes por recoger, por lo que ya se iba a dirigir a otro que gritaba más hacia su derecha y al enfocarlo desde arriba vieron que era un muchacho con el chaleco salvavidas, que se agarraba al corcho de las paredes de la cámara de refrigeración que , por suerte, también el capitán había retirado y lanzado al agua junto a todo lo demás que pudo encontrar para los que se tenían que lanzar al agua con tan sólo el simple chaleco.

El muchacho iba remando con sus manos, dando brazadas nerviosas hacia la escalerilla, y al pasar cerca de Bárbara chocó con el plástico que la mantenía de tal manera que lo tambaleó, haciendo que ella resbalara inerte, al agua. Mientras el muchacho subía , ayudado por el marinero, notó algo en el pie, y miró, viendo una mano salir del agua que le agarraba y después la cabeza de Bárbara que conseguía salir a la superficie tras recobrar el conocimiento en su inmersión repentina.

La recogieron entre los dos a toda prisa y la subieron otras manos más que enseguida le practicaron reanimación cardiopulmonar para que recuperase el aliento, los latidos y soltara el agua que había tragado.

Con todos a bordo, comprobando que no había más personas por rescatar, tomaron rumbo al puerto de Sal Rei, lugar al que ahora más que un Paraíso lo iban a considerar el mismo Cielo.



Hospital de Sal Rei, Boa Vista. Cabo Verde.

¿Quién es usted?— le preguntaba una doctora española, una vez que Bárbara abrió los ojos en la camilla del hospital.

Ella no recordaba nada...

El único que la podía reconocido fue Ushman , pero desde su eterno silencio tras ser devorado por aquel escualo hambriento de hombres, sólo le quedaba esperar y confiar en que algún día pudiese recobrar la memoria.

Las enfermeras buscaban en lo que quedaba de sus ropas alguna señal identificativa pero tan sólo concluyeron que se habría aventurado a hacer ese viaje en barco por miedo a volar, pues no entendían cómo una señora así no había cogido el avión para ir a Canarias, viendo que sus ropas la delataban como una mujer con clase.

— Esta mujer está extenuada, debe tener unos 60 años — dedujo Mireia, la doctora del equipo médico que atendía a las víctimas.

Al descubrir su pecho para ponerle un camisón limpio y seco, encontraron la razón de haber elegido el viejo “Victoria” antes que volar cómodamente. Las cicatrices de su operación para insertar implantes que embellecieran su busto delataron su elección. No pudo volar por precaución, temiendo que la

reciente intervención fuese perjudicada por los cambios de presión que pueden afectar los tejidos.

Su agotamiento y estado post traumático tras la tragedia la tuvieron allí durante quince días, sometida a una correcta hidratación, un buen descanso, buena alimentación y muchas horas de sueño que se veían, eso sí, alteradas por las continuas pesadillas que su subconsciente refería ante el espectáculo horrendo del naufragio y la salvaje escabechina de los escualos vivido en primera persona que la dejarían secuelas para el resto de su vida. Su mente dio un parón en el tiempo y tan sólo mantenía presentes las imágenes desde la desatada tormenta hasta su rescate. No podía recordar nada del pasado. Se le venían imágenes imprecisas de rostros, lugares, pero sin una referencia explícita que la localizara ni en un vínculo familiar ni geográfico. No sabía si tenía casa, si tenía marido, hijos o alguien que la esperase en Canarias. Era una situación extraña, pero no lo bastante preocupante en cuanto que su estado mental aún estaba en shock y por ello era, de algún modo, comprensible.

Las demás mujeres y sus hijos fueron saliendo del hospital a medida que se recuperaban, siendo devueltos a Banjul en avión, con todos los gastos sufragados por el país, y la cruz roja. Los heridos más graves fueron trasladados en avioneta hasta las islas Canarias para ser intervenidos de sus graves heridas que, en algunos casos requerían amputación.

Pero a Bárbara aún no podían trasladarla. No sabían a dónde llevarla. Tampoco podía coger un avión con las heridas de su pecho, peligrando el estado de la prótesis mamaria.

Mireia se quedaba alguna tarde con ella dándole de comer, ya que sólo con ella aceptaba probar bocado y tras quedarse tranquila, entraba en un plácido sueño.

Una de las veces que ya estaba a punto de marchar, la doctora la escuchó hablar. Parecía español, aunque a ratos emitía alguna palabra en italiano. No se la entendía , pues sólo eran palabras sueltas y todas se referían a lo mismo: al agua, los tiburones, la tormenta, el barco... sus maletas... su pecho... unidas a peticiones de auxilio. Eran retazos de la tragedia vivida que se obstinaba en permanecer en su mente sin dejarla avanzar. La doctora se quedó preocupada , en parte se sentía unida a esa mujer que , por su físico y edad podría ser su madre, a la que perdió debido a un terrible cáncer de pulmón siendo ella muy niña.

Mireia escogió Cabo Verde para cooperar en un programa de adaptación de nuevas tecnologías en materia sanitaria desde Canarias, atraída por el exotismo de las islas y su gran afición por el submarinismo que, en las aguas cristalinas y turquesas caboverdianas, era toda una gran experiencia sumergirse y apreciar la belleza de los corales y sus peces.

Había venido sola pero dado su agradable carácter tan sociable y extrovertido, y el don gentil y encantador de las gentes de Cabo Verde, enseguida hizo amistades. Por eso, en cuanto vio a Bárbara suspendida en esa soledad inmensa del que no sabe cuál es su lugar en el mundo, se involucró personalmente y día a día la visitaba en la habitación que la alojó, haciéndose ella misma cargo de los gastos ocasionados, ya que si no fuera así, la enviarían de vuelta a Banjul en el próximo barco.

A la voluntariosa doctora le intrigaba mucho esa mujer, de la que no se sabía apenas nada, pues el registro del pasaje de Banjul no estaba recogido, habían vendido billetes sin hacer constar los nombres de los pasajeros, como era habitual para esconder la cantidad de más que se llegaban a vender, excediendo el cupo de pasajeros admitido.

Mireia vivía en una casa compartida con otros cooperantes, a escasos trescientos metros del hospital. Su habitación, como las demás, daba a la playa de aguas turquesas y transparentes que al atardecer ofrecía el espectáculo más maravilloso jamás soñado. Una cortina anaranjada rojiza con las pinceladas rasgadas de algunos cúmulos esparcidos en el horizonte era la causante de que las aguas que lo reflejaban pidiesen sin renuncia abrazar el encuentro con la agradable sensación de continua purificación.

Cada noche, antes de cenar con sus compañeros, solía darse el último chapuzón en ese escenario privilegiado que les hacía sentir plena libertad y armonía con el Universo. En el agua, mientras se refrescaban iniciaron una importante conversación:

— ¿Has llegado a averiguar algo de la blanca? — le preguntó Sandra, guía turístico que prefería el alojamiento compartido con Mireia y los otros, en pleno pueblo antes que alojarse en el imponente resort donde trabajaba y que al igual que Mireia, se sintió atraída por esa extraña mujer sin aún nombre ni apellido.

— No, aún no. Me da mucha lástima, alguien la debe estar echando de menos, imagino. Debemos difundir la noticia en los medios con su fotografía, por si alguien puede responder por ella al reconocerla en la emisión de los informativos. O la misma policía, que pregunte en Banjul en los hoteles , seguro que estuvo hospedada en alguno de ellos y al ver su foto sabrán quién es y dónde hallar a sus familiares o amigos que la puedan ayudar. — expuso Mireia, dispuesta a encontrar una solución.

— ¿Y si la envían de vuelta a Banjul? ¿No sería lo mejor? Dado que venía de allí... — se preguntaba César, biólogo marino comprometido con la preservación de las tortugas en la reserva natural de *Tartaruga*.

— ¿Tú crees que ella querrá subirse a un barco después de lo que pasó?

— dijo preocupado Joao, pescador caboverdiano que vivía en la casa contigua, amigo de los chicos a los que tenía profundo cariño y procuraba generosamente atender en todas sus necesidades así como compartir buenos momentos en las islas de ese exótico archipiélago.

— Es cierto, aún es pronto para superar el trauma. — Reconoció César.

— Si no os importa, podríamos hospedarla aquí, con nosotros. En el hospital no creo que adelante mucho, más bien se deprimirá más pues allí hay muchos de los que iban con ella en el barco y que sufrieron las dentelladas de los tiburones o los que sufrieron heridas al caer, aquí la animaríamos y quizá empiece a recordar si se ve en un clima de confianza.

— Por mí vale! — respondió Joao, siempre dispuesto a ayudar en todo lo posible a cualquier persona que lo necesitara.

— Por mí igual, traigámosla con nosotros! — añadió Sandra, a la que también le hacía gracia cuidar de la europea.

— Pues eah! Que hay sitio para todos! Yo le dejo mi habitación. — propuso César , deseoso de mudarse definitivamente a la habitación de Sandra.

Una vez que sus cuerpos fueron bautizados por el hechizante influjo de la luna sobre el océano, salieron del agua y entre risas y bromas entraron en la casa medio envueltos en toallas, descalzos y repletos de bienestar. Estar en medio del océano en una isla cuya extensión desértica brindaba ese oasis de paradisiacas playas con aguas de color turquesa tan transparentes que invitaban ver claramente el fondo de arena blanca y fina... Era como para quedarse allí a vivir, a disfrutar de la naturaleza y sus gentes tan agradables, simpáticas, generosas y con un carácter envidiable de júbilo constante...

Prepararon unos pescados con ayuda de Joao, que tan suculentemente los cocinaba, en especial atún, del pequeño, al que llamaba la bonita y pez espada que eran los que abundaban en esas aguas.

— Mañana os preparo “*cachupa*”. — dijo Joao, al referirse a un guiso muy indigesto a base de alubias, garbanzos, carne de cerdo salada, atún y verduras.

— No, por favor!! — gruñó Mireia, a sabiendas de la repercusión de ese plato tan fuerte.

— Si está buenísimo! — resaltó César, animando a Joao a proporcionarles esa condensada fuente de proteínas que tanto le gustaba.

— Nada! Si la blanca toma ese plato, es capaz de irse corriendo de aquí... en el hospital le van dando cosas ligeras... aún no está fina del todo.

— Bueno, un brindis por nuestra nueva inquilina!!— invitó al resto Sandra, con la botella de ron en una mano y vasitos de chupito en la otra.

— ¡Esa es mi chica! — exclamó Joao, con la mejor de sus sonrisas que resaltaba por su blancura respecto al ébano de su piel. Y le indicó que se acercara a su lado en uno de los pufs que había en la gran terraza del piso superior donde solían hacer sus tertulias hasta altas horas de la madrugada, escuchando bellas canciones entonándolas a la vez.

Al día siguiente, Mireia, ayudada por Sandra, llevaron a Bárbara a la casa en un todoterreno que les facilitaba el hospital conducido por un chófer, para, en caso de apuro con la carretera de tierra, asistirles en el corto trayecto. Era frecuente encontrarse con que la arena, barrida de las dunas por los vientos alisios, había cubierto los caminos y hacer imposible la conducción, teniendo que quitarla con palas y poner planchas bajo las ruedas.

Ese día no hubo ventisca y llegaron con rapidez, recibidos por Joao, que

acababa de llegar de su pesca diaria con una grata sorpresa: había cogido *Cracas*, un tipo de marisco muy rico parecido a los percebes al estar pegados a la roca en la que bate fuerte el mar, con una envoltura cónica ensanchada en el medio.

— ¡Vaya! Hoy vamos a recibir a nuestra querida amiga con el mejor de los manjares de la isla! — ofreció Joao su cesta llena de *Cracas*, rebosantes de aroma a mar, como un regalo del que se sentía orgulloso por poderlo compartir.

Bárbara no decía nada, sentada desde el jeep, miraba el paisaje sin detenerse ante nada, bajo los calmantes que le suministró Mireia para paliar un posible estado de nervios al sacarla del hospital y hacer que volviera a ver el exterior, y sobretodo el océano.

— Y ¿Cómo se come esto? — preguntó Sandra, que aún no había probado este exquisito marisco.

— Se tiene que abrir la envoltura con unas tenacillas y tirar del ganchito, sacando lo de dentro.— respondió Joao, cogiendo uno y, con una navaja estirando de uno de ellos, dándoselo a probar a Sandra, a la que demostraba en más de una ocasión lo mucho que se sentía atraído por ella.

— Uhmhhh!! Es gelatinoso, como las ostras!! Riquísimo!! — exclamó con gusto Sandra, mientras paladeaba ese manjar venido del Atlántico en manos de un adonis de ébano cuyo físico era más que imponente, era todo un atleta por naturaleza, como la mayoría de los nativos de las islas, agraciados en belleza corporal además de gentileza y el saber disfrutar de cada momento, hedonistas sin estrés alguno.

— ¡Y...además he cogido langostas! — sorprendió a las tres mujeres que ahora sí, Bárbara se unía a ellas para admirar la simpatía de ese pescador, con

dos langostas en su mano moviéndolas como si fueran títeres de un teatro infantil.

— ¡Cómo nos vamos a poner! — exclamó Mireia, decidida ya a entrar en la casa antes de que Joao les mostrase medio océano Atlántico de su mágica cesta de pesca.

La habitación que destinaron a Bárbara estaba decorada con motivos de pesca, conchas suspendidas en largas cuerdas que formaban hileras en una de las paredes bajo una rama seca de árbol que hacía de barra sujetándolas.

Una gran ventana pintada en azul cielo, cortinas de blanco tul y alfombras hechas con cuerdas enrolladas en forma de espiral. En cuanto se recostó en la cama, la nueva inquilina se quedó dormida, entrando en un sueño profundo del que despertaría tras cinco horas, cuando ya todos estaban en el salón comenzando a charlar de sus cosas.

Joao se había quedado vigilando desde la terraza, que era la única salida de la casa por la que, si la europea misteriosa quería salir, allí se iba a encontrar con él para impedir que se perdiera por la isla.

Al ir a mirar si ya se había despertado, Mireia comprobó que así era, y, cogiéndola por debajo de su espalda con cariño para levantar su torso, le dijo:

— ¿Cómo está, señora? ¿Ha dormido bien? Espero que aquí se encuentre agusto con nosotros. Este es un sitio precioso, le encantará la cena que hemos preparado, vamos, levántese y venga conmigo.

Poco a poco Bárbara fue dejándose llevar hasta ocupar uno de los asientos en la gran mesa pintada de un descorchado blanco con un mantel a cuadros y platos repletos de variedad de pescados y frutas además de verduras y panes horneados a estilo tradicional.

Ataviada con un vestido de flores en tono mostaza y unas chanclas que

Mireia le había dejado de su propio armario, Bárbara lucía como una turista más que se integraba en el ambiente exótico de Boa Vista.

— ¡Está usted guapísima! — la piropeó Joao, siempre gentil, contentándola.

Pero ella no reaccionaba.

Todos comieron, animándola a probar bocado que, gracias a los continuos intentos de Mireia, conseguía que ingiriera alimento, y al acabar, se fueron a la terraza a terminar la velada escuchando de un casset a una de las cantantes cuyo tema en la línea del Sodade, era pura nostalgia, exhalando la esencia de las islas con toques de fado portugués en cada personalísima entonación.

No había respuesta tampoco, más bien algo de tristeza en su rostro, por lo que no prolongaron la tertulia y dieron un paseo con el jeep hasta el hotel en el que trabajaba Sandra como guía, donde quizá, escuchando a los demás turistas europeos reaccionase o, al menos se divirtiera viendo los espectáculos que amenizaban las noches a los más de 600 clientes alojados en el impresionante resort.

En el Hotel *Riu Karanna*, como así se denominaba el espacioso complejo residencial turístico, los alojados venían de varias nacionalidades, así, al escuchar hablar a las personas en sus diferentes idiomas, Bárbara podría ir saliendo de su hermetismo y activar los resortes de su acorazada memoria, ésa era la idea de Mireia apoyada por sus compañeros.

El Hotel era el centro turístico más paradisiaco jamás visto. Sus fuentes y piscinas decoradas de arabescos en los mosaicos que los cubrían eran un baño refrescante para la mirada y los sentidos.

Al llegar, fueron a la zona de expansión situada delante de la playa, en un

conglomerado de arcos como si fueran palcos de un palacio pintado todo de blanco marmolado. Una banda tocaba algunos temas para animar a la gente a bailar, parejas especialmente que lucían sus mejores galas para las mencionadas noches de glamur en ese lujoso resort, punto de atracción de personas que querían hacer un stop a sus vidas estresadas y volver habiendo probado un bocado de Paraíso.

Pero Bárbara seguía con la mirada perdida, sumida en el más triste silencio a pesar de tener tanta belleza y confort alrededor.

Cambiaron a otra sala, pues no se producía ningún efecto en la mujer misteriosa y en esta otra, más centrada entre los edificios que formaban la gran superficie turística, se celebraba una fiesta de despedida de un grupo de italianos. Se sentaron todos esperando que este otro ambiente fuera más estimulante, a la vez que a ellos también les apetecía disfrutarlo.

Alguien pronunció a su lado una frase que la conmovió por unos instantes:

— *“Sei l’amore della mia vita”* — le decía un joven muy apuesto de origen italiano a su novia igualmente italiana, morena y bien parecida que parecía muy feliz junto a su recién esposo en su luna de miel.

Bárbara reaccionó mostrando un interés especial, fijando su mirada en el joven que seguía obsequiando con bellas palabras y declaraciones de amor a su linda esposa, y después empezó a recorrer visualmente la sala como si fuera la primera vez que la veía, como si acabara de despertar de un largo letargo y reconociera ese sitio en algún rincón de su memoria.

La noche se presentaba esplendorosa, la luna llena reinaba en el manto aterciopelado de la bóveda celeste. Su reflejo se bañaba en las aguas de las piscinas que rodeaban el salón comedor y las fuentes emitían su refrescante sonido revitalizador. Parecía una estampa ideal venida de la imaginación de

alguien que quisiera plasmar un lugar de ensueño del que nadie se quisiera ir jamás y deseara seguir disfrutando de tal maravillosa sensación de bienestar y felicidad.

Bárbara hizo un gesto a Mireia para que escuchara lo que le iba a decir: — *Portami in terrazza, per favore!* — llegó a pronunciar solicitando que la llevase a la terraza, desde donde se podía contemplar mucho mejor el paisaje.

Mireia no salía de su asombro, igual que los demás, atónitos ante esta muestra tan extraordinaria en la que Bárbara por fin daba señales de querer comunicarse.

— ¡Puede hablar en italiano! — Dedujo César, que ávido ayudó a Mireia a llevarla hasta la terraza, hacia unos sofás blancos desde donde podría estar más cómoda. — ¡Pregúntale su nombre!— insistió.

Ahora le temblaban un poco las manos, agarradas la una a la otra en una especie de ruego al Universo para volver a apreciar lo maravilloso que es sentirse vivo y querer seguir disfrutando de tantos momentos como ese que le recordaban a otros tan importantes y significativos...

Los destellos melancólicos del espectro azulado sobre el espejo del océano se fueron convirtiendo en una nebulosa, transportando a la mujer que acababa de reaccionar, hacia una de las secuencias más hermosas que tuvo en su vida:

— Bárbara, me llamo Bárbara. Me acuerdo de una noche como ésta, en un restaurante del Palacio...no recuerdo bien el nombre...— murmuró esta vez en español la extraña mujer que intentaba rememorar uno de los momentos cruciales de su vida.

Ese brillo cristalino de la estela plateada sobre la superficie nocturna del océano, apenas dejando distinguir el límite en el horizonte con el firmamento, produjo un efecto tan mágico en ella como el de las copas y lámparas de cristal de Bohemia, en aquel restaurante del hotel Palacio Gritti, en Venecia, desde cuya terraza abierta al comedor podía admirar el canal de las mil y una góndolas, en el que se dibujaba igualmente el reflejo nostálgico de la majestuosa luna llena...pero esta vez era luna de sangre.



Capítulo 2

La cobra



Hotel Gritti, Venecia, Italia, treinta años atrás...

Desde las ventanas del emblemático palacete se podían admirar las góndolas pasar por el idílico canal. Era el hotel más reconocido, icono histórico del arte y cultura veneciana. Decorado con suma elegancia, destilando romanticismo en cada rincón. Objetos de valiosísimo carácter renacentista aflorando sensualidad en apoteósicos colores y formas delicadas.

Entró en el salón envuelta en un ceñido vestido de seda rojo, con stiletos negros acharolados como el bolso de mano que llevaba con incrustaciones de brillantes.

Espejos de ornamentados marcos con pan de oro que extendían su diseño voluptuoso como llamaradas, proyectaban ampliando la luminosidad de las majestuosas lámparas de cristal.

Un deleite de chispas de luz surgía de los muchos objetos que allí lucían como candelabros, vajilla, cristalería y cubertería de fina plata resplandeciente, de gran valor expuestos para el disfrute de los clientes tan exquisitos que sólo ellos y muy pocos más eran dignos de gozar de la estancia en el Palacio, dado el alto status socioeconómico que se requería para atravesar sus umbrales tan exigentes.

Bárbara Alexander, conducida por un amable barman de traje y pajarita, llegó hasta la mesa que se situaba justo en el centro de la espléndida sala.

El dibujo de una cobra en uno de los jarrones le produjo una sensación extraña. La serpiente no parecía tener colmillos, un animal que aparentemente suponía un peligro mortal por una de sus mordeduras se hallaba retratado en ese objeto totalmente desprovisto de amenaza alguna.

Esa deducción generó confianza en su proceder...estaba en buen camino. Se acercaba a alguien que no debía temer.

Le fue retirada la silla por el servicial camarero que la invitaba a tomar asiento para posteriormente ofrecerle la carta a ella y al hombre que ya ocupaba la mesa un cuarto de hora antes.

— Perdona la tardanza, Marco. — se excusó Bárbara.

— Cuando aparece un astro que eclipsa tu mundo, el tiempo deja de ser prioritario, querida Bárbara. — pronunció con extremada sensualidad Marco Piazzi, acercándose a ella tras levantarse de su silla dorada cual soberano del palacio imperial donde en esos momentos estaba hospedado y, cerrando los ojos, posó con sus labios un beso en la mano que ella cortésmente le tendió.

— Gracias, eres muy considerado. — Y dando muestras de admiración hacia su alrededor dijo halagándole: — Has tenido un gusto exquisito invitándome a este magnífico restaurante. — Y viendo que él no dejaba de desnudarla con la mirada siguió: — Creo que fue la residencia privada del duque de Venecia, el Palacio de Andrea Gritti...pero ¡Qué digo! Tú tienes que saber toda la historia de este hotel. Seguro que no es la primera ni la última vez que te alojas aquí.

Bajo sus lentes de fina montura de caoba, sus ojos de cuenca profunda se frenaban por delatarse en plena libertad para recorrer la delicadeza y feminidad de todo su espectacular cuerpo: sus insinuantes senos atrapados en el tejido sedoso de su vestido ceñido eclipsaron su atención.

Con generosidad ella mostraba en su escote una piel digna de ser besada y acariciada así como deslizaba sus dedos por uno de sus hombros dibujando bucles en un movimiento hipnótico que potenciaba aún más el deseo en él.

La tensión se centró en sus miradas, empapándose del misterio que encerraban por descubrir, transmitiendo todo lo que en esos momentos no podían mostrar delante de los demás clientes que, disimuladamente les miraban de reojo pues se habían convertido en el principal foco de atención.

El tono vainilla de la impecable americana de Marco hacía resaltar el blanco immaculado de su camisa de lino así como el cabello labrado en sus sienes con reflejos plateados. De su rostro de aventurero de cinco estrellas sobresalían las arrugas fruto de buenas horas en veleros por alta mar.

Quien le viera diría que ese hombre había viajado por todo el mundo rodeado del mayor confort, acompañado siempre por jóvenes bellezas y brindando con el champán más caro acuerdos comerciales sin apenas sudar esfuerzo alguno.

Bárbara no pudo evitar comparar esa sonrisa pícara de saberse dueño de todo lo que conseguía comprar, como los que igualmente se habían sentido dispuestos a poseerla. Tenía ese hombre entre manos una de las más importantes cinematográficas del mundo y la había seleccionado a ella para interpretar el papel principal del guión que había escrito él personalmente. Aunque no había sido más que un personaje secundario en dos o tres episodios de series televisivas españolas, ella tenía, según Marco, las características idóneas para representar a la mujer que, igual que ella, se llamaba Bárbara y que encajaba perfectamente por su forma de ser y exquisita belleza, mezcla de dama y mujer fatal, con un fuerte carácter intempestivo. Era de todos conocida su furia a la hora de quitarse de encima a los paparazzi y a los que la perseguían intentando obtener respuestas sobre su acelerado ascenso a la

fama. Había logrado ser una de las top models más codiciadas del mundo de la pasarela y la moda gracias a la exitosa suerte que ella misma cosechó a base de buenas horas de gimnasio y visitas a centros de estética, aparte de los cinco años en una prestigiosa academia de modelos de París donde estuvo viviendo con todos los gastos pagados según el convenio estipulado con la firma, que se hacía cargo de todo siempre que ella estuviese dispuesta a trabajar para la ellos ofreciendo su imagen y presencia en las pasarelas que organizaban de forma gratuita durante ese periodo. Pasados estos 5 años, Bárbara fue libre de dejar la importante firma parisién y trabajar para otras empresas publicitarias en el mundo de la imagen y la moda.

Al acabar el contrato, Bárbara se lanzó a competir con otras aspirantes, para probar en el mundo de la interpretación. Por extrañas circunstancias, eran todas eliminadas como candidatas de los castings, dejándola a ella en primer lugar cada vez que optaba por una nueva oportunidad. Alguien había movido unos hilos invisibles detrás de todo ello, porque no se explicaba cómo se apartaban las demás y la dejaban a ella triunfar en todo.

Marco Piazza tenía algo que ver en todo ello.

Ahora, con la película que iba a protagonizar, gracias a él sería mundialmente reconocida como la más codiciada de las mujeres del planeta por su brillante interpretación además de su felina belleza.

Tras la suculenta cena en la que no faltaron las spécialités de la casa como la ensalada de pasta con marisco y la tarta de frutos rojos con mouse de chocolate, la invitó a tomar el café en su yate privado. Pero ella necesitaba otro escenario para saldar su plan.

— Bárbara, amore, ¿Estás bien? — preguntó Marco, rescatándola del bucle de sus recuerdos.

— Sí, no me pasa nada, descuida. Pero... ¿Por qué lo decías? — Espetó evitando que su subconsciente la traicionara y acabara por mostrar todo su dolor.

— Es como si unos nubarrones grises de repente se pusieran en tu mirada nublando tu alegría... ¿Echas de menos a alguien? — Trató de adivinar.

— Bueno... sí... es eso... a mis padres les hubiera gustado venir a este Palacio... es tan hermoso! — alegó mintiendo tratando de explicar ese lapsus en la comunicación tan insinuante que estaban iniciando.

— Cuando quieras, puedes invitarles a pasar unos días. Correré con los gastos, por supuesto. Sería un placer hacerte feliz si puedo cumplir tu sueño.

— ¡Oh! Qué gentil eres, Marco! Aprecio tu gesto amable, pero nunca abusaría de tu generosidad — indicó Bárbara remarcando su melosidad. Y siguió: — Además, no podrías satisfacer este sueño porque ellos ya no están en este mundo,... o quizás sí — aclaró mirando hacia el vértice izquierdo superior del ornamentado techo del restaurante. Y prosiguió su ensoñación: — ¡...pero en espíritu! Así que, si no te importa, Marcos, quiero brindar por ellos

— Siento mucho su pérdida, bella amiga. ¡Va por ellos un buen brindis! ¡Cómo no!

Y Bárbara alzó su copa de cristal de *Murano* con incrustaciones de oro en su tallo en forma de hoja de vid, e inmediatamente el camarero le sirvió, sin que el cuello de la botella de champán de la heladera de pie al lado de la mesa rozase el fino cristal de la copa. Mantenía el camarero el otro brazo doblado con la servilleta almidonada perfectamente colocada y apenas inclinaba el porte ni la cabeza que seguía rígida y altiva como la actitud de todo el servicio en ese distinguido restaurante del Hotel Palacio Gritti.

— Permíteme una pregunta, si no es indiscreción.

— ¡Has tenido suerte! Hoy hay barra libre en confidencias. Pero... habría de ser en otro sitio... ya sabes.... Aquí hay demasiados radares.... — dijo moviendo sus pupilas hacia un lado sin apenas mover la cabeza

No le quedaba más remedio que seguirle como una gata domesticada hasta la salida del restaurante ante la atenta mirada que con admiración les prodigaba toda la clientela.

Tomaron un taxi reservado por el servicial guía del botones del hotel que, erguido y en rictus disciplinario, demostraba la importancia de ese solemne edificio.

— ¿A su embarcación, Sr Piazza? — preguntó el chófer con el más profundo respeto.

Al llegar al náutico, donde se sitúan los yates más lujosos de importantes personalidades del mundo de la política, el cine y los negocios, Marco dio órdenes al vigilante de su enorme yate para que no les molestase nadie, ni llamadas ni visitas.

Entendida la orden, el chico asintió con la cabeza, inclinándose un poco. Después giró sobre sus pies como un muñeco de una caja de música y efectuó una llamada desde su móvil con su enfundada mano en guante blanco y se dio la vuelta.

Las puertas acristaladas del interior se cerraron automáticamente.

Bárbara iba pisando el suelo enmoquetado que acallaba el martilleo de sus tacones de Bárbara, antes tintineantes en su metálico ruido como puntos

suspensivos del misterio que la envolvía.

Miró el reloj, que en ese momento daba las 11:11. Esta coincidencia la dejó en suspense con sus acertijos mentales... Bárbara intuía que se había de andar con cuidado, tratar de no expresar todo el odio que tenía a ese hombre y las ganas de verle sufrir, además de todas las preguntas que quería hacerle, por supuesto bajo tortura, para que revelase la más absoluta verdad sobre la muerte de su padre. Él era uno de los hombres que se llevaron a su padre aquella fatídica noche. Su rostro fue inolvidable para ella y en cuanto vio su foto en las revistas como célebre director de cine esperó su turno para llevar a cabo la venganza sedienta de justicia.

La decoración del barco, a base de cuadros de la época renacentista y molduras muy artesanales era algo chocante. Esa adaptación de lo antiguo al lujo de la modernidad era tan peculiar como la situación que Bárbara se traía entre manos: devolver al pasado el presente que le correspondía.

Entran en la apabullante estancia decorada como si fuera un museo con sus molduras y obras de arte en todas las paredes y techos. Espejos amplios con artesanales marcos dorados, y ese aire de antigüedad que se manifiesta en las grietas del estocado de la pared conseguidas a propósito para dotar ese aire renacentista de sus orígenes.

Comenzaron a hablar sobre el famoso Palacio:

— Fue residencia de la familia *Gritti*. *Andrea Gritti*, aristócrata y diplomático, defendió la República de Venecia ante los avances de Francia y Alemania, por lo que fue nombrado Duque. Dada su majestuosidad, el *Palacio Gritti* sirvió de residencia igualmente a embajadores del Vaticano y a otras

ilustres familias de la nobleza como los *Pisani*, hasta que en 1814 otro miembro de la familia Gritti lo volvió a comprar. A partir del siglo XX lo transformaron en hotel y después de la segunda guerra mundial, la compañía italiana *Grandi Alberghi* lo adquirió restaurándolo dándolo a conocer al mundo entero como *The Gritti Palace*.

— Se hospedaron importantes huéspedes en él— siguió Bárbara.

— Churchill, Graham Greene, Heminway, Orson Wells...

— Luchino Visconti!! — añadió ella al haber oído mencionar algo al respecto.

— Y miembros de la realeza de muchos países que tuvieron el buen gusto de elegir esos aposentos para disfrutar de su estancia en Venecia.— culminó Marco.

Bárbara se sentía extremadamente poderosa. Tenía a su alcance la vida que había deseado estrujar entre sus manos desde hacía mucho tiempo.

Nada más acabar su pequeño discurso, Marco se despojó de su americana echándola sobre un sofá de terciopelo blanco.

El sudor en su espalda empapaba la camisa, por lo que debía haber estado molesto durante la cena soportando la incomodidad de la indumentaria. Ello demostraba que verdaderamente estaba interesado en ella.

— “Mucho mejor” — pensó para sus adentros.

Había sido todo delicioso, la cena y el champán... la luz de las velas sobre los candelabros de plata... las vistas al canal desde los ventanales, la elegancia de la selecta clientela y el personal del hotel... lástima que aquello se convirtiera en una especie de patíbulo dentro de poco...

— ¿Un *bellini*? — Él le ofreció mostrando con su mano la vitrina que

hacía las veces de nevera.

Se refería a un cóctel famoso de champán, descubierto por Giuseppe Cipriani en el Harry's Bar de Venecia al mezclar vino espumoso prosecco con puré de melocotón.

Este combinado se hallaba ya embotellado para una exitosa comercialización, más bien encarada a la noche de Fin de Año.

— Gracias, sólo aquí tienen este capricho nacido en Venecia que no se puede rechazar por nada del mundo.

Y sirviendo dos copas en la misma mano con experta puntería, Marco no paraba de sonreír más bien hacia los pensamientos que en esos momentos se le pasaban por la cabeza.

Bárbara se contoneó más de la cuenta hasta alcanzar su copa, desde el otro lado del aposento en el que estaba, al lado de las ventanas que daban al gran escenario que imperiosamente clamaba por ser admirado.

Los dedos de uno y otro se rozaron en ese intercambio de copas como preludio de un acercamiento más íntimo.

Él esperaba, acostumbrado a hacer favores a cambio de placeres, que la mujer que tenía delante comenzara a seducirle, a serpentear por su cuerpo arrastrándose ante su inmenso poder. Pero también cabía la posibilidad que ella realmente se hubiera enamorado de él, y que no quería obtener ningún favor sino tan sólo disfrutar de su compañía...

Ese pensamiento infló su ego y, orgulloso de provocar tal atracción, decidió tomarse el premio dando el primer paso.

Tras dar un par de sorbos a las copas, él pasó una de sus manos a la

cintura de Bárbara, empujándola suavemente hacia sí.

Ella se dejó hacer, y sin oponer resistencia se vio pegada a su cuerpo, inmóvil y expectante.

El susurró algunas palabras en italiano entre piropos y galanterías, y en esa pronunciación de murmullos dejaba que sus labios se encontraran con los de ella, a la que le costaba soportar su aliento por mucho que lo disimulase.

Le hubiera mordido la lengua en esos momentos, le hubiera sacado los ojos con el tenedor en el restaurante, le hubiera lanzado al canal con una piedra atada a su cuello... pero debía frenarse las ganas y seguir con la comedia.

— Bueno, ahora que estamos de confidencias... dime cómo has llegado a reunir tanta fortuna... dicen que eres uno de los hombres más ricos de Europa. — expuso Bárbara con extremada delicadeza y sensualidad.

— Querida... he sabido bucear entre tiburones para extraer las perlas que a otros se les han caído de sus manos llenas y rebosantes de ellas. Hay hombres más ricos que yo, y por suerte llegué a acceder a ellos, conocer cuáles eran sus puntos débiles e intentar satisfacer aquello que les faltaba, haciéndome después totalmente indispensable... ése es mi secreto, pero por favor Schsss...! No se lo digas a nadie... — le rogó con aire petulante aparcando su dedo índice en los labios de Bárbara, presionándolos levemente y recorriéndolos por entero mientras se relamía los suyos mordiéndoselos incluso con uno de sus blanqueados colmillos.

Bárbara reprimió su impulso de atizarle un puñetazo en toda su boca, y resistiendo como pudo siguió con su pantomima.

— Por supuesto que tu secreto se mantendrá a salvo... pero... para acabar de satisfacer mi curiosidad.... ¿Cuál fue la clave para adivinar qué era lo que

necesitaban? Si eran tan ricos, ¿No lo tendrían ya todo a su merced? — remató su intento en sonsacar toda pista que le acercara al origen de su corrupta forma de vida.

— Verás... Hay cosas que no se compran con dinero. Cosas que se ganan por merecimientos propios. El respeto, la fama, el amor... pero sobretodo la salvación del espíritu...

Bárbara se quedó impresionada y con desconcierto intentó averiguar aún más.

— Cuéntame algún caso en concreto, por favor... me intriga tu táctica.

— Bárbara... te he desvelado algo muy importante que no he compartido con nadie más. No puedo seguir hablando de esto... — le susurró acercando sus labios al lóbulo de la oreja de ella, medio tapada por la ondulada melena rubia.

Ella arqueó su cuello hacia atrás cuando él suavemente estiró de su nuca con sus dos manos, como quien toma un cáliz del que va a disfrutar del elixir que contiene.

Notaba una sensación extraña, una corriente de sangre asesina que luchaba por extenderse y envenenar a Marco a través de cada poro de la piel de esa mujer herida de odio.

Ahora estaba en sus manos, confiado y vulnerable ante sus pretensiones vengativas. No podía dar un paso en falso. Tenía que seguir convenciéndole de que estaba enamorada de él y que no sólo pretendía que él la eligiera para un proyecto cinematográfico como estrella principal, sino que había sido eclipsada por su magnetismo personal como así se lo estaba dando a demostrar.

— Marco... no quiero que pienses que quiero utilizar mis armas de mujer

para convencerte en tu elección de que sea yo la protagonista de tu film.— aclaró ella dejando que él recorriera su cuello con besos apenas perceptibles, más bien intuidos por el calor que exhalaban sus labios en cada parada , intensificando la tensión creada.

— Decidí darte el papel nada más verte, eres el puro reflejo de lo que intento plasmar en el personaje que he creado. La mujer que deja a todo el mundo deslumbrado a su paso, bella y de carácter, orgullosa, elegante, con un cuerpo de escándalo y de refinadas maneras. Todo un conglomerado que promete ser un arquetipo de mujer fatal y que, en el fondo esconde un deseo perverso, un objetivo funesto que puede ser hasta peligroso para ella misma.

Bárbara le escuchaba impávida viéndose retratada a ella misma en esa descripción.

— Los escorpiones son inmunes a su propio veneno — interrumpió ella haciendo mención al falso mito relativo al suicidio del arácnido al verse rodeado por las llamas, como se creía hasta que comprobaron que el escorpión arquea su cola no para inyectarse el veneno sino para evitar todo lo posible el acercamiento con la fuente de calor.

— ¿Sabes qué es lo que más daño le produce a una mujer? Que se lo den todo sin que tenga que dar nada a cambio. — Aclaró Marco, con el propósito de besarla en esos momentos situando sus labios muy cerca de los suyos.

Capítulo 3

ALFA Y OMEGA

ALFA

Bárbara creció en un barrio muy humilde pero sin apenas delincuencia a las afueras de Madrid. Su padre era conductor de autobuses y su madre una modistilla de bajos y remiendos que apenas sabía cortar patrones. No se podían permitir una vivienda más acomodada ni para la niña un colegio de pago.

Aunque sus compañeros, al igual que ella, iban sencillos en su atuendo, en su clase había una niña llamada Marta, que siempre iba impecable y a menudo estrenaba ropa nueva. Su familia no parecía poder tener acceso a los modelitos que esa compañera lucía destacando sobre los demás, ya que su padre era un simple repartidor de hielo en bares y restaurantes y su madre era ama de casa que apenas sabía enhebrar una aguja por lo que los vestidos de su hija eran todos adquiridos en alguna de las tiendas del centro.

Fue cuando el padre cambió su ruta de reparto de hielo hacia locales nocturnos cuando todo cambió para ellos, se notaba que había otra fuente de ingresos además de la que tenían hasta entonces.

Esa niña tan bien vestida sólo tenía de amiga a Bárbara. Las demás niñas parecían que no querían nada con ella. Había muchas habladurías sobre la familia de Marta, que de la noche a la mañana dejó de pasar penurias, pues hacía un mes que debiendo dinero al banco casi les quitan la casa. Ahora, sin embargo, de vez en cuando se les veía comer en algún restaurante de la zona e incluso ir al cine cada domingo.

Bárbara era especialmente diferente, había nacido con el labio superior algo deforme, y por ello sus padres la querían mucho más que si hubiera nacido perfecta, porque necesitaba sentir que la aceptaban, que era guapa, que era una niña preciosa a pesar de que la gente la mirase como a un bicho raro y algunos niños la llamasen “boca de pez” por cómo movía los labios al hablar, cosa que aprovecharon sus padres para bautizarla como “su linda sirenita”, a su única estimada hija.

Esos mimos la servían para sentirse amada, en su núcleo familiar, donde se sabía protegida, querida y aceptada. Aunque en el colegio era rechazada y abandonada en el patio a un rincón donde evitar miradas y risas. Sólo Marta la invitaba a compartir sus juegos, pues a ella igualmente la marginaban por ser hija de unos supuestos contrabandistas.

Bárbara fue invitada al cumpleaños de Marta. Entonces iba a cumplir nueve años y lo iba a celebrar en su casa, para después ir al cine con las respectivas familias.

Los padres de Bárbara, que querían lo mejor para ella, pasaron por alto las habladurías sobre la familia de Marta y aceptaron la invitación.

La diferencia del nivel de vida era abismal. Para los padres de Bárbara, sólo el hecho de comer solomillo de ternera en casa de Marta, les pareció el

mayor manjar del mundo, tan tierno y delicioso. No escatimaban en buenos vinos, champán y una tarta personalizada con la fotografía de la niña y su nombre que delataba haberla encargado en una de las mejores reposterías de Madrid.

Los padres de Bárbara se miraban alucinados. Todo lo que se contaba de esa familia empezaba a parecerles muy cerca de la sospecha que explicaba esos lujos.

Cuando las burbujas del champán subieron empañando la sensatez y la discreción a guardar, surgieron las preguntas:

— ¿Cómo has podido pagar todo esto? ¿Repartir hielo da para tanto o es que te ha tocado la lotería? — preguntó confiadamente Felipe, el padre de Bárbara a Juan, el padre de Marta.

— No se lo digas a nadie, pero hemos cobrado una herencia. — Irrumpió de sopetón María, la esposa de Juan. — Murieron mis padres que por suerte para nosotros, tenían terrenos que valían bastante dinero. Los vendimos y ahora somos ricos. Pronto nos mudaremos de este barrio que nos está haciendo de lado. Se creen algo que no es. Ya ves... la envidia cochina. — Terminó argumentando la cantinela que tenía memorizada.

— Bueno... ahora ya lo sabéis... espero que seáis discretos pues no queremos que nos vengán a robar si se sabe que guardamos una pequeña fortuna en casa. — Alegó Juan, el marido de María, con aire socarrón.

— Me alegro mucho por vosotros, y por supuesto que todo quedará aquí. La gente es muy mala y le gusta atacar con mentiras cuando le domina la envidia...— contestó Felipe, tratando de hacer ver a Juan que podía confiar en él, aunque tenía el gusanillo de la duda que no quería desaparecer de su mente.

Una vez en la calle, las miradas de los vecinos se volvieron hacia ellos,

considerándolos miembros de algún clan, a todos sin diferenciar.

La familia de Bárbara tomó nota de ese detalle y quiso distanciarse a su hija de Marta, para evitar que les tachasen de contrabandistas a ellos también. Pero a pesar de la distancia que intentaron mediar, los vecinos les empezaron a negar el saludo y a mirarles con desprecio.

El trabajo de Felipe también se vio afectado, pues su autobús lo encontraron un día, en la explanada donde solía aparcarlo de noche, con unas pintadas en las que se le acusaba de amigo de la mafia.

Hasta que lo despidieron.

Les iban a quitar la casa que estaban pagando a plazos, tras cinco meses sin poder pagar por lo que con desesperación acudieron avergonzados a casa de los padres de Marta.

— Sentimos mucho lo que os ha pasado. No os reprochamos que hayáis intentado separar a Bárbara de nuestra hija Marta, lo entendemos. — Decía Juan estrechando la mano de Felipe nada más verle en su puerta.

— Perdonad, no sabíamos qué hacer... — se excusó Carmen, la madre de Bárbara, llorando.

— Debe ser angustioso estar en vuestra situación... — calmó María a Carmen, abrazándola. — Pasad, estáis en vuestra casa, pasad y veremos qué podemos hacer.

Durante la tarde, entre sollozos y muestras de ánimo por parte de unos y otros, se estudió la posibilidad de efectuar un préstamo. No tenían elección. Tenían que aceptar el dinero de Juan y María para no verse en la calle.

Al día siguiente fueron al banco y pagaron al contado todos los plazos del

piso que debían y con algo de sobrante que les quedó fueron tirando pero Felipe seguía sin trabajo. Juan encontró una faena para él: acompañarle a repartir hielo en trayectos más largos, a pueblos más retirados de las rutas acostumbradas por el interior de Madrid.

Contento con la propuesta, Felipe salió al día siguiente con su amigo a realizar los encargos que requerían su ayuda. Tenía que memorizar el recorrido para hacerlo él solo después, permitiendo a Juan descansar cada vez que él llevara la furgoneta, como un gran favor.

Tras tres meses de reparto por esa zona, ya sin Juan, Felipe tuvo un grave percance en mitad de la carretera que unía Madrid con Ciudad Real, a la salida de un establecimiento nocturno, en el aparcamiento solitario y oscuro del night club. Unos hombres con pañuelos cubriéndoles parte del rostro le asaltaron haciéndole abrir la furgoneta congelador. Le taparon los ojos y le amordazaron atándolo a un poste. Cuando se fueron, habiendo encontrado lo que andaban buscando por todo el vehículo, Felipe fue socorrido por un par de jóvenes que recién llegaban en su coche para pasar un buen rato en el Club.

Pensando que lo que querían era dinero, se alegró de no haber llevado nada valioso y volvió a su casa ocultando a su mujer y a su hija lo ocurrido para no preocuparlas. Juan sí que te estaba más que espantado por el asalto. Desde el día del incidente cambió la ruta de los repartos así como el furgón, haciendo publicidad en su exterior de una casa de jabones, para despistar a los posibles asaltantes.

Felipe notaba que Juan ya no era el mismo. Sus planes de mudarse a otra vivienda para salir del barrio fueron poco a poco convertidos en un castillo de naipes que se iba derrumbando a medida que cada vez iba perdiendo beneficios. Y no lo entendía nadie. Seguía trabajando como antes, incluso más horas de las hasta entonces empleadas en los repartos, duplicando las idas y

venidas a los locales, especialmente los nocturnos.

Todo se complicó el día que volvieron a asaltar a Felipe. Los mismos hombres de la anterior vez le esperaban agazapados entre los arbustos del sendero que daba a un Hotel bastante retirado de la carretera principal. Felipe tenía que entregar buena parte de cubitos de hielo además de helados y tartas congeladas, al menos eso constaba en las cajas envueltas en corcho hermético que conservaba las bajas temperaturas y así mantener el producto en buenas condiciones.

Volvieron a atarle las manos y a vendarle los ojos, pero pudo ver algo tras un pequeño roto que había en el pañuelo, algo que le dejó claro qué clase de reparto llevaba en el furgón para que esa gente estuviera tan interesada en robarle.

Vio cómo abrían unas cuantas cajas y rompían el corcho que antes estaba sellado y bien precintado, sacando unas bolsas pequeñas de plástico negro de las que, al pincharlas un poco con la punta de una navaja, apareció un polvo blanco que probaron con la punta de la lengua dos de los hombres. Uno de ellos tenía una cojera muy pronunciada y parecía quejarse de todo, metiendo prisa a los otros para salir a toda prisa llevándose todas las cajas a otro vehículo que enseguida apareció como venido de la nada.

Marcharon dejándole en el suelo, maniatado y con una advertencia:

— No nos sigas. Y dejad de cambiar de ruta. Dile a tu jefe que, o se une a los Leones o ya sabe lo que espera... — le ordenó el que cojeaba tumbando a Felipe de un puñetazo que le dejó semiinconsciente en el camino.

— ¡Válgame Dios! Hemos perdido una fortuna, Felipe!!

— ¡Eres un hijo de puta!! Me has tenido llevando droga todo este tiempo y

no me has dicho nada! Y lo de la herencia, qué? Pura farsa! ¡Cretino!

Un puñetazo en toda la cara de Juan silenció a Felipe, que no parecía dolerle el impacto de los nudillos de su amigo en la nariz más que lo que le estaba produciendo verdadero pánico. Ahora irían a por él los dueños de la mercancía a pedirle explicaciones sobre la desaparición de los paquetes y no le quedaba más remedio que involucrar al que hasta ahora confiaba en él.

Esa misma tarde toda la familia de Juan se esfumó como la niebla desapareciendo del barrio para siempre. Nunca más se supo de ellos. Probablemente fueron a algún recóndito lugar del mapa para no ser localizados por quienes iban a hacerle pagar por los paquetes robados.

Por la noche llegaron unos hombres a la casa de Juan, se lo llevaron en pijama, tal como estaba, aunque por inercia éste cogió la gorra para protegerse del frío, en un gesto cotidiano para tratar de quitar dramatismo a la situación.

— “Mi linda sirenita” — pronunció con cariño a su hija, — voy a explicarles unas cosas a estos señores, pero después vuelvo. Te quiero, amor mío.

Uno de los hombres llevaba un lunar en la ceja, bastante grande. Bárbara se fijó en ese detalle porque creyó que era una mosca y apuntando hacia esa mancha oscura le decía al señor:

— ¡Una mosca, tiene una mosca en la frente!

Su madre la cogió con fuerza, con miedo a que tomaran represalia con la niña esos hombres tan serios y con aspecto de matones y la hizo callar tapándole la boquita con su mano, casi ahogándola.

— ¡Shhhht! ¡¡Calla!! — Y Carmen, dirigiéndose a los hombres les rogaba:

— Se lo devolveremos todo, por favor, no le hagan nada.... dennos tiempo por favor!! — todo esto intentando que su hijita no escuchase nada tapándole los oídos , aunque la pequeña se afanaba por desquitarse las manos de su madre y entendió que no se lo llevaban precisamente a dialogar, sino a otra cosa peor.

La madre, al ir a abrazar a su marido que ya lo sacaban por la puerta, quiso apartar la mano de uno de los tipos que agarraban a Felipe pero ese hombre sin escrúpulos atizó un guantazo a la destrozada mujer que cayó al suelo, echándose la mano a la boca comprobando que le salía sangre del labio.

Tras ese día, nada volvió a ser como antes. Su padre no regresó nunca más. De vez en cuando la madre llamaba por teléfono a los padres de la amiga de su hija, por si sabían algo, pero no le cogían el teléfono. Tampoco le abrían la puerta los vecinos. Nadie les podría ayudar... excepto la hermana de Carmen, Teresa, pero ésta vivía en Alicante y no tenían relación desde que el novio de Teresa eligió a Carmen en vez de a su hermana para formar una familia. Felipe realmente utilizó a Teresa para llegar hasta el amor de su vida, Carmen, y cuando la dejó, Teresa, al verse repudiada, juró venganza, soltando un maleficio a él y a su futura familia que había ido haciendo su maligno efecto hasta el punto en el que se encontraban ahora, cumpliéndose el nefasto deseo de la hermana dolida de desamor. Un año más tarde del plantón de Felipe, Teresa se casó con el primero que la sacó a bailar en una discoteca, sin amor, para demostrar a su hermana y su ex novio que podría enamorar a cualquier hombre y llevarlo al altar. No duró mucho el matrimonio, en cuanto dio a luz a Lucía, su hija, se separaron y no se volvieron a ver más.

Carmen temía por su marido y no entendía qué habría podido hacer para él para que esos hombres se lo llevaran así, a la fuerza. Nunca les había visto, pero parecían miembros de algún clan mafioso. Madre e hija esperaban cada día y cada noche en la casa, sin moverse de allí, que regresara el padre de

familia al hogar que aún guardaba el calor de sus años felices y que debían conservar con la esperanza de que todo volviera a la normalidad.

Un domingo, alguien dejó sobre la alfombra de la puerta de la casa de Bárbara la gorra negra de Felipe. Al verla, la madre se quedó inmóvil, sin poder reaccionar, intuyendo que su marido o había sido brutalmente golpeado o le habían matado. Aún había restos de sangre en su interior. Quizás acabaron con él de un balazo, y no sufrió el ensañamiento que temía, o quizás le hicieron trizas antes de rematarlo para sacarle información, seguramente respecto a sus amigos desaparecidos tan misteriosamente. Ellos tendrían la culpa de todo, sus tejemanejes con los furgones y la inventada herencia que camuflaba el origen delictivo de su fortuna.

.....

Su marido no les traicionó, fue víctima de otro clan que robó su mercancía, unos cuarenta kilos de cocaína que transportaba en el furgón de reparto que debía entregar camuflado entre neveras y sacos a los propietarios de ese Hotel alejado de la carretera.

Por mucho que hubiera trabajado toda su vida, nunca podría pagar el valor de aquel reparto. A los mismos miembros del clan les tenían advertido que, antes de dejarse robar, era preferible matar a los asaltantes y arriesgar la vida, porque de no entregarla al destino acordado sin faltar ningún saco, eran inmediatamente liquidados no sin antes ser torturados. Pero Juan no le advirtió nada de esto. Creyó que cambiando de ruta y de furgón evitaría nuevos asaltos. El anterior robo que sufrió Felipe lo pudo sufragar Juan con todo lo que había ganado, quedándose prácticamente en la ruina. Gracias a ello conservaron la vida, pero no podría hacer frente a este nuevo asalto que además era uno de los más jugosos de todos, pues triplicaba la cantidad de cocaína y heroína que

desde ese Hotel iban a abastecer a una importante red clandestina de estupefacientes maquillada con una empresa farmacéutica recién creada.

Al llegar esos hombres de nuevo a la casa, esa misma mañana, dispuestos a cobrarse lo merecido con la mujer del que les había fallado, se hallaron a la madre y a la hija recogiendo sus cuatro enseres para marcharse de allí, las metieron en una habitación y comenzaron a quemar las paredes echando gasolina, amenazando a la madre que le dijera dónde estaba la mercancía, ya que el marido , antes de morir, les había repetido que le robaron a punto de pistola todo el interior del furgón y no pudo defenderse.

La madre lloraba y gritaba espantada que no sabía nada y que por favor las dejaran, que se lo quedaran todo, enseñándoles los cuatro ahorros que aún disponían gracias a los repartos.

Los tipos pasaron a las manos, golpeando a la madre ante la mirada aterrorizada de la niña que no paraba de llorar acurrucada bajo la cama, viendo cómo su madre caía una y otra vez y era arrastrada por la habitación pateada y humillada.

En una de las caídas, la madre se dio contra la esquina de la mesita de mármol donde tenía la lámpara de noche y se la clavó en la cabeza, quedando totalmente inconsciente en el suelo.

Ya no lloraba ni gemía. Se había quedado como dormida, estirada en el suelo como un muñeco roto, sin vida.

Los hombres se fueron de allí olvidándose de la niña que permanecía bajo la cama sin apenas respirar del espanto y el dolor. Con el paso del humo bajo la puerta, Bárbara se asustó temiendo por su vida y, acercándose a su madre le daba palmaditas en la cara intentando despertarla.

— ¡Mami, mami! ¡Ya se han ido! ¡Vamos, mami, despierta! Mamá,

mamaaaaá!! — y ya era muy tarde para esperar una reacción, el humo pasaba adueñándose de todo el espacio, convirtiendo a la habitación en una densa nube gris, irrespirable y asfixiante.

La niña tosía y tosía y al verse a punto del ahogamiento, optó por salir por la ventana que daba a la calle al ser el primer piso del bloque y buscó ayuda fuera.

Cuando pudo tomar aire en el exterior, volvió a entrar en el portal y corrió a la casa de la vecina gritando — ¡¡Mi madre, mi madre...!! ¡¡Por favor, ayúdenla! ¡Está dentro, mareada!! ¡Sáquenla, saquen a mi mami! ¡Se va a quemar!

La vecina corrió con su marido detrás y éste, al ver las llamas devorando la puerta de al lado fue a la parte trasera que daba al pequeño jardín comunitario, cogió la manguera, y abriendo el grifo empezó a lanzar agua al interior de la habitación en la que aún permanecía la madre, que daba justo al jardín comunitario también. Después entraron a rescatarla pero ahí estaba tendida en el suelo ya sin vida. La sacaron por la ventana y la intentaron reanimar en vano. Más tarde vino la policía y los servicios de emergencia que dictaminaron su muerte causada por el golpe que se dio en la cabeza, no por inhalar el humo del incendio.

La niña se quedó huérfana de padre y madre de un día para otro. A su padre no le pudo enterrar hasta dos años más tarde que encontraron su cuerpo metido en un pozo abandonado a cuarenta kilómetros de donde vivían entonces. Imaginaron que era él al ver sus ropas en ese cuerpo medio calcinado y corrompido.

Su tía Teresa, divorciada desde hacía ya siete años, se hizo cargo de ella.

Un mes más tarde, la situación en la que vivía Bárbara no podía ser más lamentable:

— No vuelvas a salir de tu habitación mientras tengamos visitas, ¿Oíste?
— gritaba desde fuera Teresa, la hermana de la difunta madre de Bárbara.

— Yo también quiero jugar con los primos, no quiero quedarme aquí encerrada. — suplicaba la niña.

— Si eres buena y me obedeces y estás aquí calladita en tu habitación, esta noche te daré para cenar los restos que queden en la mesa. Todos para ti. — prometía Teresa con ánimos de cumplirlo.

— ¿Y si se lo comen todo como la otra vez y no me dejan nada?— temía una hambrienta y desconfiada Bárbara.

— Esta vez no pasará eso, te lo prometo. Hoy hay más cantidad de pudding, algo te quedará, no te preocupes.— decía Teresa acabando la conversación.

La niña se sentó en su cama y empezó a alisarse los cabellos con los dedos, intentando que fueran igual de lisos que los de su prima Lucía.

Se quedó esperando, intentando escuchar a través de la puerta de su minúscula habitación, que antes de su llegada era el cuarto de la plancha, qué es lo que hacían todos al otro lado del pasillo, en el salón de la casa, donde le hubiera gustado estar disfrutando de los manjares que en esas ocasiones su tía solía preparar para recibir a las amigas de su hija junto a sus respectivos padres, todos de la misma urbanización de lujo de más reciente construcción de un pueblo de Alicante.

Desde que, en una de las visitas, Bárbara dio muestras de querer tocar los

juegos de las demás, cosa que a éstas no les hacía ninguna gracia por considerarla como una apestosa, pues su tía apenas cuidaba de ella, no la dejaron salir de su oscura habitación hasta que las amigas se fueran bien caída la tarde.

No tenía más que un vestido para la semana y otro para el domingo. Eran de Lucía, y le venían grandes de lo poca cosa que era aunque tenían la misma edad. La tenían peor que a un perro, porque al menos al perro lo acariciaban y jugaban con él, pero a la pobre niña ni le hacían caso. Teresa se iba con su hija de paseo y a ella la dejaban en el jardín apartado de la urbanización donde había columpios, siempre sola, porque las otras niñas tampoco querían jugar con ella al verla despeinada y sucia y con el labio desfigurado.

Teresa decía a todo el mundo que la sobrina no se dejaba peinar y por eso estaba así, hasta que tuvieron que cortarle el pelo casi al cero por la presencia de piojos y liendres poblando sus greñas. Su cabello ondulado, en un pasado era el centro de todas las miradas, pero no para repudiarla sino todo lo contrario, para admirar su suavidad y brillo, cuando su madre se lo recogía con dos horquillas de mariposa en su cabecita de pequeña princesa. Eran otros tiempos, entonces tenía quienes la querían y cuidaban de ella, mimándola y protegiéndola de todos los que se reían de su labio partido.

Una tarde gris en la que los nubarrones plomizos presagiaban tormenta, Bárbara estaba en un banco del parque, distraída con una revista en la que se veían preciosos modelos con diseños a cuál más elegante. Le encantaba contemplar cada conjunto, y en su mente imaginaba variaciones que pudieran ir a tono con las faldas, pantalones, o cualquier otra prenda que aparecía en las páginas del magazine de moda. Era de su prima, pero lo había tirado a la papelera porque era un número atrasado y ya tenía la nueva edición en su cuarto.

Unas gotas empezaron a caer con el peso de haberse estado conteniendo antes de ser liberadas de la atmósfera, pronosticando un buen aguacero.

Como aún no habría nadie en la casa, y ella no tenía llaves, se refugió bajo el gran barco de madera que servía de espacio de recreo para los niños, y en una de las maderas pudo leer: “Bárbara, te quiero”. Era bonito descubrir esa declaración de amor hacia una persona que se llamaba igual que ella, y que debía ser muy feliz al tener a alguien que la estimase.

En sus sueños de adolescente de 15 años, esa noche imaginó que ese mensaje del barco iba dirigido a ella, y que ella era una guapísima jovencita a la que todo el mundo admiraba y regalaba sonrisas a su paso. Siempre que podía iba a apoyarse en la pared de aquel barco del parque, donde figuraba esa declaración de amor. El día de Navidad, que no esperaba más que las migajas que dejaran los invitados cuando se fueran, fue hasta ese mismo barco por la tarde, se llevó un trozo de turrón que había quedado y unas cuantas perrunillas medio mordisqueadas. Al mirar la pared con la frase que tanto le gustaba leer, se sorprendió al ver otra aún más emotiva: “Bárbara, eres la más guapa del mundo.” Su corazón hizo brotar una lágrima pues algo en su interior rogaba para que algún ángel velara por ella que era lo que quería creer”.

Durante esos años en casa de su tía apenas recibió educación. Siempre alegaban que no había plazas, que los documentos necesarios para la tutela aún estaban sin formalizar dado que se quemó todo en el siniestro y tuvieron que pedir certificados de nuevo. Pero en realidad eran excusas. La intención de Teresa era emplear a Bárbara de limpiadora en la empresa que ella dirigía, “*Limpiezas de apartamentos y hoteles Yako*”, que abarcaba buena parte de la zona más turística de Alicante. Lucía, su hija, sin embargo estudió en el instituto para después cursar los estudios de Arte Dramático, pues quería ser actriz y participar en cualquier programa que le diera la oportunidad de

mostrar su talento interpretativo, que en realidad era nulo. Más bien era pura vanidad.

La suerte llegó a la casa de Teresa en forma de carta oficial. En ella decía que una beca le había sido concedida a la menor de las chicas de la casa gracias a un programa de ayuda que los servicios sociales, al enterarse de la penosa situación, sin formación ni cuidados, de Bárbara. La iban a ingresar en un colegio residencial de Valencia, que se encargaría de la custodia y tutela de la menor. La familia desestructurada de Teresa no reunía las condiciones para aprobar el acogimiento, como tampoco la desnutrición y falta de higiene que presentaba la niña nada más verla. En parte Teresa lamentó que se la llevaran pues en unos días iba a comenzar a emplearla en las limpiezas, cosa que no se le daba mal pues era la que se encargaba de ello en la propia casa con una severa disciplina en su aprendizaje que conseguía que todo estuviera brillantado.

En Valencia su vida cambió por completo. Su tutora la guió desde su entrada por la puerta principal del imponente centro, una construcción que, aunque de diseño industrial, por la rectitud de sus líneas y bloques sólidos con amplias ventanas y puertas blancas, por dentro era bastante acogedora. La recepción decorada con fotografías enmarcadas de los grupos de alumnas que habían cursado a lo largo de los cinco años que funcionaba la institución, las escaleras de mármol blanco veteadas de gris, las mesitas y sofás que invitaban al descanso a los visitantes o familiares, y la directora recibéndolas con los brazos abiertos, era un verdadero oasis en su vida.

Esa institución pasó a ser su hogar. La habitación que ocuparía era espaciosa, no como el cuarto de la plancha donde estuvo durante más de cinco largos años, tenía un lavabo para ella sola, y con el tiempo, cuando fue integrándose con las demás residentes, la pasaron a una habitación compartida

con una alumna excepcional de buenos sentimientos y actitud noble. En la institución había de todo. Gente amable y gente negativa, pero con ella nunca se metían. Los profesores la tenían un cariño especial. Verla con el labio partido quizá era el pasaporte al cielo que bien se había ganado con su sufrimiento desde que murieron sus padres...

Como terapia le dieron clases de piano que las supo aprovechar con muchísimo entusiasmo y rápidamente aprendió a tocar y a leer todas las partituras como si lo hubiera hecho toda su vida.

Bárbara no tuvo que lidiar con las líderes para conseguir un puesto entre ellas, la llegaron a admitir por cosas que no parecían tener que ver con el proceso de selección de las populares de la residencia. Unos hilos invisibles manejaban las situaciones a su favor.

Al cumplir dieciséis años tuvo un regalo muy especial: un cirujano estaba interesado en operarla para devolverle a su boca la gracia que la naturaleza le había negado al nacer.

No se explicaban tampoco por qué iba ese especialista en estética quirúrgica a operarla sin pedir nada a cambio, y alegar que era parte de su compromiso profesional. Pero nadie conocía de otros casos en los que hubiera intervenido sin pedir nada a cambio... era muy sospechoso, por lo que una de las profesoras estuvo vigilante durante toda la operación y el proceso de recuperación para evitar un posible abuso, pues llegaron a poner en duda las verdaderas intenciones del cirujano, un hombre de mediana edad, al que le podrían interesar las jovencitas y se quería aprovechar de ese gesto voluntarioso. Pero no fue así. Su excelente reputación, conducta impecable en todo momento descartó esas absurdas sospechas así como el amor tan profundo que profesaba a su bella mujer.

Bárbara quedó maravillosamente bien después de la operación, sólo algo

inflamados sus labios pero pronto recobrarían la forma y ésta llegó a ser excepcionalmente sensual y peligrosamente seductores cuando se los empezó a pintar.

De igual modo, todo su aspecto cambió. Se animó a dejarse el cabello suelto, permitiendo a las ondas de rubia melena cobrar el protagonismo que nunca habían tenido más que cuando era muy pequeña y su madre la peinaba con tanto cariño.

Sus sueños sobre las modelos que en su mente vestía conjuntándolas, dieron paso a una realidad que jamás imaginó llegar a alcanzar: ella misma era una perfecta modelo cuando se probaba los vestidos y conjuntos que ella elegía en las tiendas del centro comercial. Su fuerza germinó en un carácter algo déspota, era como si ahora le tocara a ella jugar en el bando contrario y gracias a esa actitud sin miedo a nada, capaz de todo, se ganó la máxima popularidad en el Centro. Una sensación extraña la embargaba cada vez que tenía que someter a alguna compañera a una de sus pruebas para seguir en el grupo que ella lideraba, verlas arrastrarse por el barro, limpiar los retretes con cepillos de dientes, encerrarlas en el armario toda la noche... era para ella una satisfacción vengativa cuando representaba mentalmente a su tía y su prima en esas chicas, ensañándose a veces con las novatadas a las nuevas alumnas. A éstas las hacían beber alcohol hasta reventar y untaban con miel, aceite y arena sus cabellos con lo difícil que era lavarlos después. Esas pruebas de iniciación que ella no pasó al entrar en la institución. Nunca supo por qué ella no tuvo que soportar tales vejaciones.

La eligieron Miss Residencia, al destacar sobre las demás en una prueba que hicieron en la fiesta de fin de curso. Había desarrollado unas líneas femeninas en su silueta tan seductoras que todo lo que se pusiera lo realzaba con su figura. Algunas tiendas de ropa de marca la reclamaban, al ver lo bien

que le quedaba todo y cómo lo lucía tan exuberantemente, con sus piernas kilométricas y cintura de avispa, senos firmes y bien proporcionados, porte elegante y distinguido, rostro angelical y diabólico a la vez... para que hiciera pases con los diseños de sus colecciones en las promociones que solían llevar a cabo con modelos profesionales. A partir de ahí fue un continuo ascenso y de esa niña que jugaba en el parque sola y llena de piojos ya no quedaba nada, ahora había una mujer dispuesta a comerse el mundo y pisotear al que se lo impidiera.

Durante cinco años mantuvo el trato convenido con una importantísima academia de *ModelManagement* en París que a cambio de hacerse cargo de todos los gastos de manutención y alojamiento así como un significativo sueldo, tenía la exclusiva de trabajar en sus programas publicitarios, pases de modelo, imagen publicitaria... al descubrir en ella el prototipo ideal que convirtiera todo lo que se pusiera en tendencia de moda. Fueron años para ella llenos de júbilo y glamur, disfrutando de las noches parisinas, despertando al amor, a la vida, construyéndose en toda una estrella.

No supo nada de su tía Teresa ni de Lucía durante todo ese tiempo, pero ellas sí que la mencionaban con desdén cada vez que la veían en las revistas, esas mismas revistas que a ella sólo dejaban ojearlas cuando ya las tiraban al cubo de la basura.

Cabo Verde, Riu Karanna, Boa Vista

Mientras Mireia intentaba averiguar dónde había vivido antes la señora misteriosa que decía llamarse Bárbara Alexander, César no paraba de hacerle

señas para que mencionase también su apellido. Pero no parecía que quisiese colaborar con ese dato, algo ocultaba...

Volvieron a la casa al ver que se estaba mareando en el esfuerzo de recordar quién era.

Intentaron averiguar si la operación que le habían hecho en los senos provenía de algún hospital de Canarias, si alguna paciente con el perfil de Bárbara había sido recientemente sometida a algún aumento de volumen o insertado un implante. Pero no obtuvieron respuesta. Para evitar que los puntos que tenía se le infectaran, le realizaron varias curas hasta que en unos días se desprendieron por sí solos.

César estaba dispuesto a acercarse a la oficina de policía a preguntar si daban por desaparecida a alguna mujer con las características de su huésped en Canarias, Gambia, España incluso en Italia. Sin que ella se diera cuenta le hizo una foto para que se divulgara la noticia con su imagen para ver si alguien la reconocía en algún lugar del mundo...

A la mañana siguiente Bárbara se despertó con ánimos de cuidar el jardín delantero de la casa. Parecía que estaba soñando despierta, pues hablaba a media voz con alguien que no estaba presente, con un ser invisible que parecía acompañarla mientras ella le indicaba señalando alguna rama por podar, alguna flor seca por desprender...

Joao, que era el único que estaba en esos momentos vigilando, se acercó a ella y le preguntó extrañado:

— ¿Con quién habla? ¿Está ud bien?

— Es Carlos, un buen amigo, pero...bueno, les presento... — señaló con su mano la confundida señora.

Joao, al que el mundo de los espíritus le daba mucho respeto y en más de

una ocasión había oído hablar de seres desencarnados pululando por el mundo de los mortales, seres que no tuvieron su debido entierro o que alguien con malicia les hubiera amarrado a este plano de la existencia, condenándolos a vagar como fantasmas hasta ser liberados y ascender al lugar que les corresponde, miró asustado a la mujer que ahora le parecía peligrosamente endiablada.

— Bueno... he de salir...¡ que tenga un buen día, señora Alexander — tartamudeó Joao, chocando con los que tenía detrás mientras se iba alejando de espaldas a ella, para no quitarle ojo hasta salir por la verja y echarse a correr como un desesperado.

En su mente, Bárbara estaba reviviendo un paraje de su propia vida, y en su delirante estado débil aún creía ver a aquél chico que conoció en la Universidad...

OMEGA

Universidad de Alicante. 35 años atrás.

Bárbara vivía en una urbanización a las afueras de Alicante. Había vuelto de París para pasar un año sabático a la ciudad en la que creció junto a su tía y su prima. Jamás tuvo noticias de ellas desde que la internaron en la institución educativa a cargo de su tutela, nunca recibió una postal de ellas ni una felicitación por su cumpleaños, ni asistieron a su graduación, aunque desde el

instituto las invitaban a todos los actos en los que se abrían las puertas a las familias de las internas. Pero ella sí supo de ellas gracias a las tecnologías. Seguía las historias de Instagram o Facebook que Lucía publicaba rodeada de amigas, celebrando fiestas, colocando el árbol de Navidad, y más tarde fotos de hospital donde Teresa era operada de úlceras en el estómago.

Quería darles una sorpresa. Se presentaría ante ellas como una triunfadora, y no como la pobre e inculta fregona sin sueldo que iba a convertirse estando con ellas.

Escogió una de las más lujosas casas de la alta sociedad en la urbanización de alto standing de la costa alicantina. Tenía suficiente dinero para permitirse ese capricho, pues había ganado muchos extras con la firma parisina de moda que, contentos con ella, la premiaron con creces. No le importaba derrocharlo pues la esperaban importantes contratos de trabajo en Nueva York que asegurarían económicamente su futuro.

La casa tenía dos plantas más el sótano y un modesto jardín propio a la trasera.

En sus planes, necesitaba un compañero con el que compartir la vivienda y para ello se puso manos a la obra para encontrarlo. Pero esta persona debía ser de total confianza como para tener a su disposición el espacio y enseres de Bárbara.

Hizo una selección muy especial.

Primero fue a la Universidad y se plantó delante del mural de anuncios. En ellos pudo ver algunas demandas y otras ofertas de habitaciones para alquilar.

Antes de poner el suyo, ofreciendo habitación con derecho a todos los servicios necesarios incluido salón aparte de cocina, baño y jardín, miró a su alrededor intentando ver a su perfecto candidato.

Entraban y salían jóvenes por la puerta, con mochilas y libros, arrastrando esa efímera condena del estudio antes de formarse como auténticos profesionales.

En sus caras veía un conglomerado de emociones: hastío por una parte, incertidumbre por otra y curiosamente alegría en quienes se tomaban las clases como una buena oportunidad para estar junto a sus amigos.

Buscó el ideal que pudiera encajar en su casa. No sería un estudiante con grandes amistades, más bien que estuviera solo, en su mundo, sin apenas relación con los demás. Eso sería bueno para no tener el fastidio de soportar visitas.

No le importaba la edad, más bien la madurez que pudiera reflejar. No quería un crío con los típicos malhumores de la adolescencia. ¿Cómo se traduciría esa actitud a simple vista? Se fijaba para percibir ese punto preciso de madurez en la forma de caminar, de mirar, los posibles tics, si escuchaba música todo el rato, si miraba continuamente el móvil, si se miraba en los cristales o espejos para contemplarse y atusarse el cabello o la ropa...

Sobre todo que no fumara. Odiaba el humo de los demás. Tampoco fumaba ella, procurando que su piel no se oxidara debido a esa mala costumbre de inhalar nicotina y otros compuestos dañinos.

Al fondo, próximo al claustro que coronaba un jardín central, un muchacho de unos veinte años a lo sumo estaba sentado sobre la repisa de uno de los muretes que sustentaban las arcadas, apoyado en una columna y con la mirada al infinito. Tenía un libro entre sus manos, sobre una de las piernas que tenía flexionada mientras que la otra permanecía estirada. Llevaba unos jeans medio rotos con flecos que se esparcían por sus botas de montañero urbano y una camisa de cuadros en tono burdeos. Su cabello era castaño oscuro, con ciertos mechones dorados que, al pasar los dedos por ellos al despejar su

cara, eran como surcos en los que se escribía la palabra *individualismo*.

De momento le gustaba lo que veía.

Ahora faltaba ver si realmente necesitaba una habitación o ya estaba instalado.

Para saberlo, debía urdir un plan.

El dejar que uno de sus anuncios cayera justamente en un ocasionado encontronazo, podría dar en el clavo si es que se interesaba por la oferta.

Así pues fue en pos de su objetivo. En esos instantes no interesaba que él se fijara en ella más que lo estrictamente necesario para mantener una conversación, pues no quería que el chico se violentara si se mostraba demasiado femenina. Quería pasar desapercibida como mujer y dar pie a la futura casera que brindara hospitalidad y confianza.

Se acercó hacia donde él estaba y con los papeles encima de una carpeta los iba preparando para que cayeran justo a la altura del chico. Sacó el móvil del bolso e hizo como que alguien la llamaba. Comenzó a hablar con una persona imaginaria sobre lo bonita que era su casa y lo bien que se vivía en esa zona donde estaba ubicada, y mientras tanto iba arrastrando con sus dedos los papeles para que fueran despistadamente a caer sin mostrar apercibimiento alguno al respecto.

Con algo de molestia por haber sido medio invadido en su espacio meditativo, el chico miró hacia la persona que parloteaba a su lado. La observó de arriba abajo pues la verdad no estaba mal esa chica, su figura se intuía esbelta bajo el vestido largo que tenía puesto, ceñido a la cintura y de caída de vuelo hacia sus botas de piel marrón.

Bárbara seguía ajena a los papeles que se derramaron por el suelo, detectando por el rabillo del ojo que el chico se estaba dando cuenta y que

pronto caería en su trampa. Así fue. En cuestión de segundos le tenía frente a ella con los anuncios en la mano, tendiéndoselos. Pero Bárbara no podía cogerlos inmediatamente y agradecerle el gesto sin antes comprobar que él mostrara interés por lo que se anunciaba en ellos: *Alquilo habitación a estudiante con derecho a cocina. Chalet en magnífica urbanización. Jardín y amplio salón. Económico.*

Nada, él no leyó nada del anuncio, así que ahora tocaba el recurso típico de la mujer desorientada.

— ¡Gracias! Tengo que colocar estos anuncios y no sé dónde ponerlos.

— ¡Ah, es allí! En el tablero. — dijo señalando al ya sabido mural.

— ¡Genial! No sé si aún habrá estudiantes que busquen habitaciones pero lo intentaré. Tenía que haber puesto el anuncio antes de las vacaciones, ahora ya estaréis todos ubicados.

Bárbara había puesto ya el cebo.

Sólo faltaba ver si picaba:

Si el muchacho buscaba un lugar para vivir mientras durara el curso o ...si ya estaba alojado. También podría ser que su familia residiera en la misma ciudad y no en pueblos de alrededor como otros que no tenían más remedio que buscar habitación para no depender de alguien que les llevara cada día a la Universidad.

— Bueno, yo aún no he buscado dónde quedarme. Quizá me interese. — Pronunció las palabras esperadas ese joven que parecía tener curiosidad por su oferta.

— Vamos a ver... si realmente te decidieras no tendría que poner ningún anuncio y me evitarías estar pendiente del teléfono.— Alegó ella. — ¿Qué es

lo que estabas buscando? Lo pregunto para hacerme una idea si encaja con lo que yo ofrezco.

— Me da igual...— respondió el chico enredando sus dedos en el flequillo que se resistía a ocupar otro sitio que no fuera su frente.

— ¿Y si te dijera que es una mazmorra sin ventanas llena de pulgas aceptarías? — bromeó Bárbara.

— Ya las exterminaría...para eso está el zotal, ¿no? — le guiñó el ojo a su futura arrendadora.

Carlos, como así se llamaba el joven, estudiaba primero de veterinaria y lo menos que le preocupaban eran esos parásitos que bien sabía controlar con líquidos y pipetas en las mascotas. Tenía 21 años cumplidos desde marzo, dos menos que ella y como buen piscis, era aficionado a los deportes acuáticos aparte una propensión hacia la espiritualidad rozando aptitudes de Médium. Bárbara enseguida se percató del carácter tranquilo que tan bien convenía como para tenerlo en su casa.

— En cuanto al precio del alquiler, si te parece lo podemos negociar. Necesito que me echen una mano en el jardín. ¿Sabes algo de jardinería? — preguntó ella arqueando una ceja.

— Algo... — musitó él.

— Basta con que quites las malas hierbas y riegues el césped por las noches. También toca sulfatar si aparecen los dichosos hongos y demás plagas.

— No será problema. Ahora dígame... ¿Dónde está su casa? ¿Está cerca o a las afueras? — preguntó Carlos intentando ubicarse.

— Está algo apartado de aquí. Pero por favor... tutéame. Me llamo Bárbara, ¿Y tú...Cómo te llamas?

— ¡Perfecto! — Alegó Carlos nada más sentir que estaba lejos del centro la residencia de Bárbara.

— Muy bien, “Don Perfecto” pues cuando quieras te enseño tu nueva “mazmorra” — espetó sonriendo la muy entendida en encandilamientos.

— Carlos, me llamo Carlos. — aclaró riendo el joven.

— Si no tienes nada que hacer ahora puedes venir y te enseño el lugar.

— De acuerdo, Bárbara, vamos cuando quieras. — asintió con un poco de vergüenza.

Carlos se metió las manos en los bolsillos y siguió a la mujer que tomó la delantera para conducirlo hasta el exterior de la facultad.

— Tengo mi coche aparcado aquí cerca, vamos. — le animó a caminar a su lado hasta el vehículo, un flamante deportivo BMW Z4 blanco.

Inmediatamente, al ser invitado por aquella chica tan atractiva a sentarse en el asiento de copiloto de ese imponente deportivo descapotable, Carlos no pudo evitar la manía de colocarse el flequillo hacia un lado repetidamente, hasta acabar por sujetar su extremo tras la oreja para seguir deslizando su mano por el cuello buscando un punto donde frenar su nerviosismo.

Los demás estudiantes siguieron con la mirada esa lanzadera blanca de glamur con los dos ocupantes que acababan de figurar entre los más envidiados del colectivo universitario. Los cuchicheos irían a parar hasta los pasillos de los monacales pisos del gran centro que reunía varias carreras universitarias, entre ellas la de Veterinaria.

Bárbara, con sus gafas de sol puestas, poseía la destreza de conducir mientras se perfilaba los labios con ese tono burdeos que tanto le favorecía. Los pliegues de su vestido negro se levantaban juguetones mecidos por la

corriente de aire que a gran velocidad entraba en el vehículo, haciendo que los cabellos de los dos ocupantes bailaran al ritmo de la carrera por la autovía que permitió aún más la aceleración.

En una de las salidas se desvió nuestra conductora llevando a su joven estudiante a una de las más bellas urbanizaciones de Alicante, de las que sólo la gente con alto valor adquisitivo pudiera permitirse.

Carlos empezaba a sospechar que algo más esperaba de él esa belleza que ahora se imaginaba poseedora de gran riqueza. Era muy extraño que buscara alguien para ocupar una habitación. ¿Sería la típica y desvergonzada ninfómana ricachona? ¿Habría ido a buscar una presa para sus noches de lujuria y tras extraer la energía a los jóvenes los arrojaba a una cuneta?

Todos esos pensamientos pasaban por la mente del joven que no sabía si decir “*Para, que me bajo*” o seguir hasta averiguar si realmente existía esa particularidad en Bárbara, cuyo nombre además era ya motivo para sospechar qué clase de fémica era.

—Seguramente te estarás preguntando cómo alguien que vive en este residencial ofrece una habitación, ¿verdad? — adivinó Bárbara al intentar empatizar con Carlos, que no paraba de mover una pierna en un tic nervioso que revelaba algo de angustia.

— Claro, pero ya me lo has dicho...necesitas un jardinero — argumentó riendo el estudiante como si los temores fueran infundados ante una evidente razón: la mujer quería que alguien le cuidara el jardín a cambio de ofrecer alojamiento...parecía obvio, pero ahora faltaba confirmarlo.

Al llegar al complejo residencial se podía leer en un cartel grandioso rodeado de palmeras estilo *Palm Beach* el nombre de su nueva dirección: “*Complejo residencial SARA KUNDA*”

Algo en el joven se disparó atizando a su curiosidad. Sarakunda parecía más bien el nombre de un barrio de Gambia, precisamente de su capital, Banjul. Era muy extraño que bautizaran con tal nombre ese lugar a no ser que.... efectivamente, una corte de personas de color empezara a salir desde diferentes autos a cuál más lujoso, habiéndose levantado la barrera que permitía las entradas y salidas de todo vehículo del recinto urbanístico.

Sospechoso resultaba... Ahora iba a entrar en un mundo totalmente desconocido para él. Siempre se había movido en ambientes urbanitas que no pasaban de lo módico y ahora iba embalado a un horizonte de personas de otra cultura y posición económica.

— Iba a explicártelo, Carlos, pero he preferido que lo veas por ti mismo para que tengas una opinión más integral del ambiente que rodea mi casa y... bueno, la tuya si es que te convence.

Carlos se acomodó aún más en el asiento del BMW sintiéndose como en una de las atracciones que hay que disfrutar y esperar los giros espectaculares que se pudieran dar en el trayecto, porque para nada quería perderse detalle de todo cuanto había en ese lugar tan paradisíaco y extraño.

Al traspasar la barrera que se izó al reconocer la matrícula uno de los sensores que detectan los registros permitidos, se abrieron al paso sendas avenidas que se disparaban en ambas direcciones con múltiples bifurcaciones haciendo de esa colosal urbanización una especie de comunidad no apta para mileuristas.

Ahora el viento se había convertido en brisa , el aroma fresco de las plantas selváticas de esmerado diseño y cuidados se filtraba por las fosas nasales llegando a la médula del confort más profundo. Estaban entrando entre claros y sombras por una de las calles señalizada con un elegante cartel: el nombre que figuraba en ella se relacionaba con el de la entrada: *Kotu Beach*.

Se refería a una de las playas de Gambia.

— ¿Has estado en Gambia alguna vez? — le preguntó él, rompiendo el incómodo silencio.

— Allí llevan en la sangre la energía de la música. — contestó ella afirmando su pregunta y siguió: Son privilegiados, a pesar de no tener tantas comodidades como aquí, no se preocupan con tonterías como hacemos en los países desarrollados.

— A mí me llama la atención ese “*Swing*” que se gastan, su manera de caminar, de moverse...— añadió él, simpatizando.

— Es característico del trópico. Con razón se le ha bautizado a esa área rodeada del Senegal como “*The smiling coast*” pues sus gentes son muy risueñas. Sus atardeceres son de película, los colores anaranjados pronunciadamente hacia el rojizo no se ven en ninguna otra parte... Allí no pararías de bailar en los conciertos al aire libre, en las playas... es todo tan tribal y selvático...— describió ella con añoranza.

Para un diseñador de moda con motivos tribales, la agencia parisina que contrató a Bárbara realizó toda la campaña publicitaria en Banjul, Gambia. Allí estuvieron una semana en la que aparte de trabajar pudieron adentrarse en la cultura senegalesa y disfrutar de sus paisajes, conociendo a sus gentes en sus modalidades, los ricos, los menos ricos y los pobres, sintiendo el injusto reparto de la riqueza en un país que por una aumentada fiscalización e inestabilidad del *dalasi*, moneda oficial, ha ido dejando de reexportar sobreviviendo con la agricultura, ganadería y poca actividad industrial relacionada con el maní, las pieles y el pescado aparte del creciente turismo

que, en realidad favorece el bolsillo de los que tienen más, grandes cadenas hoteleras que con míseros sueldos contratan a sus empleados locales.

Bárbara sentía, en una de las reservas naturales abierta al turismo, que pertenecía a la propia tribu que allí habitaba, algo dentro de sí clamaba por liberarse al dejarse arropar por la gentileza y amabilidad de las gentes que se fundían con el paisaje... era otro estilo de vida tan diferente, tan libre, tan natural... que al volver a París se quedó con la sensación de haber dejado en Gambia algo tan auténtico que no lo volvería a encontrar en ninguna otra parte...

— Bueno, se ve que te gusta vivir bien — irrumpió Carlos, obnubilado por los enormes chalets que iban apareciendo a medida que se adentraban más y más en la urbanización.

— Créeme, la casa que ocuparás, fue mandada construir por un importante cargo del Gobierno de un país africano que no puedo revelarte, y aún no ha venido a disfrutarla. En la agencia de modelos donde he estado trabajando , en París, una de las hijas de ese gobernante le pidió a su padre este capricho que mientras no lo habite, nos permite a sus amigas instalarnos en él. Lo único que corre a mi cargo son los gastos de los suministros y el de la jardinería que, con mucho ímpetu me pidió que ante todo fuera el más bonito de todos los de la urbanización.

— ¡Me has puesto en un compromiso! Yo lo que más sé es de animales... — aclaró Carlos algo enfadado.

— Tranquilo, será fácil. Ya tengo un diseño que será la envidia de todos. Es de línea japonesa, nadie aquí lo ha aplicado y... cuando te muestre el boceto verás qué simple es. — precisó ella entusiasmada por su gran descubrimiento.

— ¡Ah, sí! ¡Buena elección! — exclamó Carlos, sintiéndose afortunado por estar al lado de toda una top model que además era una crack en sacarse las castañas del fuego. — Un amigo mío estuvo allí, en Gambia, es un amante de los misterios y fue con una expedición desde Cádiz.

— ¿Fue a ver los monolitos? — Interrumpió Bárbara, conocedora de ello. — ¿Sabes qué representan? — interrogó esperando que acertara.

— Enterramientos, supongo.— contestó Carlos.

— Sí, eso es, todos formando ese círculo, igual que las casas que habitaban entonces, era como un vecindario del más allá, sellando sus vínculos hasta la eternidad... los vi cuando estuve allí, es impactante el culto a la muerte en esta y otras culturas...— añadió ella, con ese carisma de apertura a otros horizontes que estaba empezando a cautivar al joven estudiante.

Carlos no paraba de mirarla como si de un bicho raro se tratara, por la incongruencia de su look refinado y la imagen de mochilera en búsqueda del Arca Perdida cuando hablaba sobre Gambia. Se le pasó por la cabeza que tal vez sus padres eran amantes de la aventura y les salió una hija inquieta y curiosa por otras culturas diferentes a la que había mamado entre algodones.

En esas pesquisas se andaba el joven cuando el vehículo aminoró la marcha en una de las curvas que abría paso al final de su recorrido, culminando su trayecto ante la soberana construcción que allí se levantaba, imponente y flanqueada por dos estatuas de elefantes a cada lado.

El frescor de la tupida vegetación convirtió ese paraje en un verdadero oasis del más opulento jeque, destacando el blanco de la muralla que lo rodeaba con las ramas de las múltiples clases de palmeras.

— Voilà! Ya estamos!! — irrumpió Bárbara en el enjambre de ensoñación que se acababa de instalar en la cabeza de Carlos.

El coche subió la pequeña rampa que se elevaba hacia la verja. Un mecanismo automático abrió el acceso y se descubrió la fortaleza que allí dentro prometía mucha paz y un gran confort.

Una asistenta con uniforme blanco salía a recibirles. Estaba contratada por la dueña para mantener la vivienda en buen estado, limpia y lista para ser habitada por su querida amiga y compañera de la agencia.

Con amabilidad se dieron las instrucciones correspondientes que se referían a la puesta en marcha de la caldera y el frigorífico, todos los productos de la lista de la compra organizada en los determinados departamentos que le iba señalando, el funcionamiento de las luces, etc...y al acabar marchó seguramente a otra de las viviendas vecinas, ya que su función era la de atender las necesidades de los propietarios de la zona que le correspondía en esa urbanización.

Toda la casa era un templo del exotismo, la elegancia, el lujo y la ostentación. Había piscinas laterales dispuestas de forma lineal, por las que perfectamente se podía ir caminando por ellas como canales para llegar a todas las estancias. Al parecer la chica tenía obsesión por el agua, un bien escaso en el pueblo de la ciudad nigeriana que la vio crecer hasta que a su padre lo ascendieron de cargo y se trasladaron a la capital.

Con el desenfado propio de la juventud, los dos se descalzaron y realizaron el ritual de purificación sumergiendo sus pies en el riachuelo artificial que, iluminado por luces azul turquesa, parecía el mismísimo Caribe en miniatura,

Entre risas y bromas fueron al jardín, pasando por los dos salones

coloniales que sucedían uno al otro proyectando un aire más intimista en el último, con la intencionalidad de crear un ambiente diferente en cada uno de ellos, y así, en las reuniones que pensara organizar, dejar un sitio para las confidencias y otro para las meras relaciones sociales.

La dimensión del terreno para el jardín era enorme, allí se podrían construir tres piscinas olímpicas y hasta un pabellón como invernadero.

Al cabo de tres meses, ambos parecían haber transformado ese espacio en un precioso jardín japonés, único e inigualable, con sus puentes sobre el central estanque que dejaba salpicar sobre su calma la cascada de agua que caía de rocas colocadas de tal manera que parecía un paisaje natural, con los nenúfares flotando entre los rápidos movimientos de los peces koi, y otras carpas que amenizaban la vista del hechizante y majestuoso jardín.

Bárbara iba indicando a Carlos dónde iba cada arbusto, cada árbol, cada piedra, cada estatua, cada detalle que requería de su ayuda para acabar formando parte de ese collage tan encantador.

Una vez la casa estaba en condiciones de ser la favorita de toda la urbanización, Bárbara inició el plan que tenía hacia su tía y su prima. Carlos ya era uña y carne con ella y se lanzaría a lo que fuese con tal de agradarla, ya que con ella se sentía feliz aunque no habían llegado muy lejos en su relación. Ella le contó lo mal que le habían hecho sentir Teresa y Lucía y fomentó en él el deseo de hacerlas sufrir, de pagar por lo que le habían hecho, dejarla falta de cariño cuando más lo necesitaba, humillarla y condenarla a la marginación...

La facilidad de Carlos para tratar con animales de la protectora , ya que estudiaba veterinaria, le abría la posibilidad de escoger a los más peligrosos con la intención de reprogramarlos , reeducarlos, y demostrar que al llevárselos de allí tenía una buena excusa con fundamento.

Dos mastines napolitanos, criados en jaulas y sin apenas trato humano, estaban esperando su sacrificio en las instalaciones de la sociedad protectora ante la difícil adopción de los mismos, violentos y sin domesticar. Eran máquinas de matar, cualquiera que los acogiera se arriesgaba a ser presa de sus mandíbulas, pues la vida les enseñó a desconfiar del ser humano que sólo le había dado palos y más palos.

Bárbara preparó dos perreras en el chalet, con cadenas que les sujetaría hasta cierta distancia que permitiera el paso hacia el estanque del jardín oriental.

Envío una invitación a su tía Teresa y a su prima Lucía, como muestra de acercamiento y buena voluntad en rehacer su interrumpida relación familiar.

En cuanto supieron de su presencia en la provincia, Lucía y Teresa se echaron las manos a la cabeza, sorprendidas y a la vez contentas por comprobar que no les tenía ningún rencor. En el fondo se sentían merecedoras de ese pequeño homenaje que les iba a ofrecer, según decía en la invitación, en la mejor urbanización de la costa alicantina.

No pararon hasta dar con el modelito perfecto que harían difundir en las fotos que se iban a hacer con Bárbara, la modelo que salía en las revistas de moda que podría ayudar con sus contactos a triunfar a Lucía y a su desastroso talento dramático.

Una limosina blanca se encargó de llevarlas hasta allí, incluyendo champán en su interior que no dudaron en descorchar y brindar haciendo la típica selfie de ricachonas.

La asistenta las guió hasta el salón central y, deslumbradas por la mansión que creían le pertenecía, abrieron los brazos de par en par exagerando lo mucho que la habían echado de menos.

Carlos apareció poco después, vestido con un traje negro *Corneliani* y deslumbrantes zapatos negros *Santoni*, hechos a mano en Macerata, Italia, en Macerata, todo un modelo en vivo y en presente ante sus ojos.

Su sonrisa deslumbrante, su cabello bien perfilado, y la manera tan elegante de caminar, aprendida por la buena maestra de pasarela que tenía al lado, eclipsaron a las mujeres que aún no se creían lo afortunadas que eran en esos momentos.

¿Es su novio...? Se preguntaban las dos arpías, mirándose a los ojos con las cejas arqueadas. Para disolver la duda que se estaba creando al respecto, Carlos se presentó sacando la mano de su bolsillo permitiendo ver los gemelos que lucían en la manga de su camisa blanca almidonada, surgiendo de la americana impoluta como recién sacada del armario sin arruga, radiante.

— Buenas noches. — dijo acercándose a ellas para darles la bienvenida.

No se dignó en besarlas ni en estrecharles la mano, aunque ellas sí lo intentaron, quedándose con el saludo a medias avergonzadas.

“Estará de moda saludar así” pensarían volviéndose a mirar extrañadas y decepcionadas por no haber entrado en contacto más directo.

— Carlos, te presento a mi familia, mi tía Teresa — la anunció para que, ahora sí, él le cogiera la mano y le propinara un amago de beso en ella — y mi querida prima Lucía, con la que compartí tantas cosas siendo niñas... ¿No es hermosa? — señaló a Lucía para pronunciar más el acercamiento entre Carlos y la prima.

— Es un verdadero placer conocerlas. — exhaló con caballerosidad Carlos, haciendo emanar una ola de romanticismo a su alrededor.

Carlos había preparado bien la escena. El efluvio del almizcle mezclado con otras esencias como canela y sándalo aparte de semillas de manzana roja y

hojas de sauce que dejó macerar en un frasco de vidrio durante una noche de luna llena, irradiándolo con la energía que surgía de sus manos sin llegar a tocar el frasco, cargada con un preciso deseo: de enamorar a la chica que tenía en la fotografía justo delante de la vela de color rojo encendida para ese ritual. Y ahora lo iba a utilizar para elevar el nivel amoroso en Lucía y volverla loca por él.

Necesitaba algo de ella para acabar el hechizo. Un simple trozo de la tela de su vestido o un cabello bastaría. Pero él quería algo más efectivo: una gota de sangre.

Tras las presentaciones, pasaron al salón comedor y la asistenta, que ese día cobró por servirles lo que recibía de sueldo por todo un mes de trabajo, ganándose el premio a la discreción que debía mantener ante todo lo que iba a ver esa noche, les atendió como si fueran miembros de la realeza.

Bárbara les bombardeó de todos sus logros. Lo primero que explicó, dado el gran interés que mostraban sus invitadas respecto al labio, fue la exitosa operación del gran cirujano que voluntariamente cambió su aspecto ofreciéndole la mejor de las sonrisas y el toque mágico en su rostro que hacía temblar de admiración hasta los mismísimos espejos.

No pudieron reprimir su curiosidad sobre Carlos, y cuando lo vieron conveniente le preguntaron a qué se dedicaba. Lucía en cuestión no paraba de mirarle, anonadada, completamente absorbida por una fuerza gravitatoria que la hacía girar como un satélite alrededor de su órbita.

Las copas estaban labradas con motivos dorados en su talle, pero una en especial tenía un pequeño inciso en una de sus formas voluptuosas, estaba justo situado ese filo para que, al tomarla, se produjera el roce con la fina piel de los dedos y como un accidente, procurar un pequeño corte...

— ¡Un brindis por la familia! — animó Bárbara levantándose con la copa en la mano, invitando a los demás a juntar sus copas y, mirando a Carlos, con una mueca de complot, empezó a saborear el gusto por la venganza.

— ¡Por la familia! ¡Siempre unidas! — exclamó Teresa, con algo de esfuerzo al hacer esta promesa, sujetándose con la otra mano el estómago, mostrando que su úlcera le volvía a jugar malas pasadas.

Lucía igualmente tomó la copa e inmediatamente sintió el pinchazo en uno de sus dedos, pero no hizo gran caso ante la oportunidad de hacerse famosa gracias a su prima y, por qué no, relacionarse más íntimamente con su amigo.

Carlos y Bárbara se miraron, complacientes ante su objetivo conseguido.

— ¡Oh, pero... si te has herido! — simuló preocupación la anfitriona, cogiendo de la mano a Lucía.— Benita, por favor, tráele otra copa a mi prima.

— No la molestes, Bárbara, ya voy yo, además quiero ver ese corte. — dijo Carlos ayudando a Lucía a levantarse para seguirle hasta el cuarto baño.

La gota de sangre extraída del dedo fue a parar a una gasa para entrar a formar parte del conjuro de amor.

Ese momento determinó que, desde ese día hasta un mes después, se pasase cada noche suspirando por él, deseando volver a verle, y cuando volvió a aparecer el brillo argénteo de la luna llena en la superficie del jardín japonés, fueron de nuevo a cenar, ella y su madre a casa de Bárbara, donde encontrarían una oportunidad más para aprovecharse de la fama y el dinero que parecía poseer la entonces, “boquita de pez”.

Los dos mastines napolitanos habían aprendido a limitar su espacio, en la trasera del jardín hasta donde las cadenas llegaban, permitiendo el paso por todos los caminos del pequeño bosque creado con magníficos árboles de otoñales colores y arbustos detalladamente perfilados y redondeados.

Pero seguían siendo agresivos, y no se les podía tocar. Para alimentarles había que lanzarles la carne y ayudados por unas varas sacaban los restos, los cubiletes de agua y los reponían, igual que la limpieza que se llevaba a cabo con mangueras y cepillos de largos mangos. El acercamiento a ellos era garantía de dentelladas y zarpazos. Sólo con un traje especial, cuyo tejido fuera tan duro que ningún colmillo lo traspasase, podría alguien permitirse estar a su lado e intentar acariciarlos, pero no sabían lo que era una caricia y ese era el reto que tenía Carlos, amansarlos.

La gasa con la sangre de Lucía, esparció su contenido en el frasco de vidrio al estar hundido en él, hasta que pudo ser extraído para sellar el tarro y precintarlo con la etiqueta en su exterior que imitaba la de una nueva fragancia exquisita que había recién lanzado al mercado un amigo perfumista de Paris, y que enviaba a todas sus amistades para probarlo.

Fue un regalo extraordinario para Lucía, que viniendo de manos de ese chico tan elegante y seductor, cada gota sería un bálsamo de puro éxtasis.

Inmediatamente lo probó, esparciéndolo de una manera ceremoniosa bajo los lóbulos de sus orejas.

Ya era suya y, sobre el puente del estanque, ante la extraordinaria belleza de los nenúfares rodeados por los multicolores peces, se produjo el encantamiento. Carlos la tomó por la cintura y recorrió su cuello a besos para culminar en un apasionado encuentro con sus labios.

La boda se celebró en un mes. Pero apenas hubo invitados. Viajaron a Las Vegas, donde en cuestión de minutos pasaron a ser marido y mujer, con la opción de deshacer ese enlace de la misma forma súbita como lo iniciaron.

Se volvieron a reencontrar los cuatro al mes siguiente.

Esta vez, salieron al jardín, bajo la pérgola que suspendía farolillos

blancos, igualando en luminosidad a las velitas que se extendían como un manto de luciérnagas por los senderos del jardín.

Pero lo que se suponía era la pareja feliz parecía más bien todo lo contrario. Carlos tenía el cometido de hacerle la vida imposible a Lucía, de amargarla y para ello le daba una de cal y otra de arena. Por las noches desaparecía con el pretexto de atender a los animales que iban llegando heridos a la clínica en la que hacía las prácticas y cuando volvía al piso con ella, al mismo en el que estuvo Bárbara de niña, la obligaba a entrar en el cuarto de la plancha para, según él, redimir la conducta que tuvo ella y su madre con la pobre huérfana. Las largas charlas sobre el karma y la probabilidad de ir arrastrando ese lastre de soberbia y egoísmo en el maltrato que le dieron, convencieron a la enamorada Lucía para asumir esa importante necesidad de redimir sus pecados y pagar por el mal causado. Todo lo que él le aconsejaba era la biblia para ella, que seguía bajo el hechizo del potente conjuro de amor.

Dentro del cuarto, llegó a meter lo que más odiaba Lucía, para apurar el sacrificio que debía vivir y conseguir cuanto antes el perdón del Universo: cucarachas que, en el cuarto sin luz eléctrica, se movían libremente alrededor de la espantada Lucía, que lo único que podía hacer era obedecer y esperar que ningún insecto se le subiera por las piernas; Se las sacudía nerviosa sin ver nada, esperando que Carlos le abriese la puerta para, como siempre, darle un gran abrazo y recibir los merecidos besos que ella tanto necesitaba...

Teresa ignoraba lo que pasaba en su casa. Cada vez que se producían esas sesiones de tortura, ella tenía casualmente que encontrarse con Bárbara en el chalet, se bañaba en la piscina exterior climatizada y daban largos paseos por el bosque cercano.

Durante todo ese tiempo, Bárbara se ganó la confianza de su tía, asegurándole que no tenía ningún rencor, que le podía abrir su alma y explicar

qué es lo que la motivaba a tratarla con indiferencia, por qué no recibió nunca un beso de su parte, ni le dijo nada agradable... por qué se avergonzaba tanto de ella ante los demás, ¿qué le habían hecho ella o sus padres para haberla despreciado?

Así fue, como por fin se abrió la verdad que estaba oculta bajo la piel de esa mujer calculadora, fría, e interesada. Teresa le reveló a Bárbara el gran dolor que sintió cuando su padre, Felipe, la plantó con su vestido de novia, su anillo de compromiso, y se casó con su difunta madre, con Carmen, la hermana que, desde ese día no había dejado de odiar y jurar su ruina.

Con el puño reprimiendo la rabia que sentía Bárbara al escuchar tal confesión, y mostrando empatía con su tía, la abrazó mientras miraba con furia los dos mastines napolitanos que en ese momento descansaban al otro lado del jardín, atados y de momento bien alimentados.

— Ha debido ser muy duro para ti, tieta — fingió Bárbara, dándole palmaditas mientras la tenía entre sus brazos.

— Gracias por entenderme. Nunca acabaré de arrepentirme de lo que te hice. Me alegro muchísimo que el destino te diera esta gran oportunidad para ser feliz. ¡Te lo mereces! — respondió Teresa, realmente conmovida.

Esa noche en la que parecía iba a ser una despedida, pues Bárbara tenía que marchar a Nueva York para reemprender su carrera, hubo una gran animación en la urbanización. Celebraban los vecinos en sus chalets algo muy especial, eran fiestas de la localidad y se solían lanzar cohetes y toda clase de fuegos artificiales. El bullicio era enorme. Los pitidos de los matasuegras, la música de cada fiesta particular se oía por todos los jardines, era una noche en la que dormir sería imposible.

Sería ideal para que no escucharan los gritos... o al menos se confundieran

con las muestras de júbilo de todo el vecindario.

Tanto Carlos como Bárbara se aseguraron de que nadie supiera que esas dos mujeres estaban allí. Con el pretexto de la limusina, nadie las vio tras las ventanas tintadas y no las dejaron salir hasta que la verja se había cerrado del todo.

Al día siguiente Bárbara tomó un avión y Carlos se encargó de plantar dos árboles de fuego en los hoyos que estaban esperando su abono para hacer prosperar el crecimiento de los preciosos ejemplares japoneses.

Los mastines napolitanos volvieron al centro de recuperación de animales esta vez más rollizos que cuando salieron de allí.

Carlos tenía sobre su conciencia todo lo que allí ocurrió pero, debido a sus creencias espirituales, lo consideró parte de su misión, aunque necesitó varios viajes al Tíbet para reencontrarse y perdonarse.

En las televisiones aparecía la noticia de dos mujeres desaparecidas y la relación que guardaban éstas con una peligrosa banda de traficantes de droga, ya que encontraron en su casa detalles escritos de direcciones en los que guardaban un gran alijo de estupefacientes y en el ordenador mensajes intimidatorios que las involucraban en la red.

Capítulo 4



El ojo del tigre

Cabo Verde.

Burbujas de fuego se iban asomando por el cráter del volcán Fogo, en una de las islas de Sotavento de Cabo Verde. Los pronósticos para que el dormido volcán entrara en erupción eran poco probables y menos por esas fechas. Científicos calculaban que no se volvería a producir otra erupción pasados diez años de la última que tuvo lugar hacía sólo dos años.

Pero las entrañas de lava se removían latiendo con violencia, como si una extraña casualidad moviera todo lo que se acercaba a Bárbara al puro desastre. Primero el hundimiento del barco, ahora la eminente erupción del volcán...

La población se agitaba huyendo de las inmediaciones, generando un caos mayúsculo al disponer de pocos aviones para los traslados, y los barcos se cargaban hasta los topes transportando familias enteras con bebés, niños, ancianos, con todo lo que podían llevar consigo, incluso mascotas, a las que llevaban en brazos como el tesoro más preciado.

Igualmente en la isla de Boa Vista se procedió al desalojo de los hoteles y la evacuación de la población hacia los aeropuertos de Dakar, Canarias o de donde procedieran sus clientes.

Joao sabía que las olas que generaría la lengua de lava en el océano serían tan altas que se tragarían las islas por completo, tenía tanto miedo en el cuerpo que no paraba de advertir a la gente que marchara, cosa que antepasados suyos no hicieron y según le relataban sus padres, murieron ahogados aún queriéndose proteger en el pico más alto de la isla.

César , Mireia y Sandra se sintieron responsables de los heridos que en

ese momento estaban en el hospital, así como de los habitantes de la isla que tuvieran poca movilidad: parálíticos, ancianos, o incluso personas desorientadas que no sabían qué hacer, alejadas de la civilización sin comunicación.

Bárbara se había quedado sola, Joao corría ayudando a todo el mundo y los demás igualmente estaban atareados conduciendo en los jeeps a los que encontraban por los caminos hasta el puerto.

Al volver a la casa para recogerla y ubicarla en algún barco, no la encontraron. Buscaron por los alrededores pero no aparecía. Preguntaron a todos los vecinos que aún recogían sus cosas si habían visto a la señora blanca, y por fin un niño que tenía un gatito entre sus manos dio señales de ella:

— Se fue por allí...! — dijo señalando hacia el hotel Riu Karanna.

— ¡Maldita mujer! Se nos va a escapar el barco por su culpa...! —maldijo Sandra, a punto de estallar igual que el volcán.

— Iré yo sola.— afirmó Mireia, asumiendo su responsabilidad. — Vosotros marchad sin mí si no llego a tiempo. Ya cogeré otro barco, no os preocupéis.

—Voy contigo! — añadió César, temiendo por su vida.

— ¡No seas loco, te necesitan aquí, quédate!! — ordenó ella y marchó acelerando el jeep sin dejar acercarse al joven que corría tras el polvo que iba dejando las ruedas por el camino hasta que no pudo más y desistió en perseguirla.

Allá en el hotel, se había sumergido en las piscinas que apenas cubrían las rodillas, con el vestido arremangado iba jugueteando con el roce del agua en sus pies, perdida en el laberinto de su memoria.

— Bárbara, la he estado buscando! ¡Hay que irse, tenemos que coger el barco, vamos, venga conmigo!

Nada más oír la palabra que definía el tipo de transporte que la trajo hasta allí, con todo el trauma vivido en las profundas y peligrosas aguas repletas de tiburones que se ensañaban con los supervivientes, se estremeció y se acuclilló presa del pánico.

— No le pasará nada, ya lo verá! ¡Es un barco muy seguro y resistente! ¡No puede quedarse aquí!

— ¡Déjeme aquí, se lo suplico! — rogó la mujer asustada y de nuevo perdida en el oscuro mundo de las situaciones trágicas.

— ¡Tiene que esforzarse, venga, yo la ayudo a levantarse! — insistió Mireia agarrándola por la cintura y casi empujándola hacia sí para sacarla de la piscina.

A duras penas la condujo hasta el jeep, intentando consolarla en vano. Llegaron hasta el puerto, abarrotado de gente que esperaba su turno para embarcarse, apelotonados como en un hormiguero.

Las explosiones del volcán estaban empezando a sucederse más de seguida, y ello se sumó al desespero generalizado.

César corrió al ver el jeep y le dio una gran noticia a Mireia:

— Nos van a trasladar al equipo de voluntarios en una avioneta que está a punto de aterrizar. Tenemos que ir hasta el aeropuerto, ¡¡hemos tenido suerte!!

— ¡Dios Santo! — exclamó Bárbara, mirando al cielo asustada por una columna de humo negro que estaba extendiéndose por todos lados, volviéndose en noche lo que antes era pleno día.

Con precipitación se dirigieron los cuatro chicos y la señora desconocida

al aeropuerto, con esperanza de no morir en el intento, pues apenas veían nada con la cortina de humo que tenían por todas partes.

Los barcos iban marchándose precipitadamente, y los aviones surcaban el cielo infernal dejando las islas a merced de la agitación volcánica. Era como si la Tierra quisiese manifestar todo su poder reclamándose dueña de todo lo que el hombre había ido convirtiendo en su hogar.

Antes de llegar al pequeño aeropuerto, una de las ruedas del jeep reventó y tuvieron que ir corriendo los cien metros que les quedaba solamente para ser vistos por los pilotos. Éstos estaban ya a punto de marcharse, poniendo ya las hélices a punto, y empezando a rodar por la pista. Joao corrió más que nunca en toda su vida y al alcanzar una de las aletas la golpeó para indicar que estaban detrás, gritando que no se fueran. En la avioneta se veía dibujada cabeza de un tigre, cuyos ojos resaltaban como el fuego que estaba a punto de devorar todo a su paso en furiosas explosiones de lava.

Ese sobreesfuerzo les salvó, y les condujo hasta Dakar, el punto más cercano que les dejara en Tierra firme.

Al elevarse por encima de la masa oscura de nubes llenas de ceniza, las lágrimas les surcaban los rostros dejando una estela gris en sus mejillas, tan gris como el recuerdo que tendrían durante toda sus vidas de la salida de esas islas tan maravillosas que ahora eran pasto del fuego y los tsunamis.

Dakar les arropó con su humanitaria bienvenida. Todos en el hospital les atendieron aunque no tuvieran más que cansancio y los pulmones algo obstruidos por el humo.

Cuando pidieron los nombres para hacer el registro de entrada, no sabían qué hacer respecto a Bárbara. En Cabo Verde no hubo problema al atenderla,

pero en el país senegalés podría haber complicaciones e incluso temían que la llevaran al centro psiquiátrico, donde con toda seguridad empeoraría.

— Bárbara Golden. — mintió Mireia. — Es una turista española que ha perdido toda la documentación en el traslado. — añadió para dar más credibilidad.

Gracias a esta información no insistieron en pedir más detalles. Ahora se trataba de asistirles y ponerse en contacto con su familia. Pero..¿Qué familia?

Mireia se hizo cargo de ella, y regresó con César a España; Joao se quedó con Sandra por más tiempo en el país africano

Acompañada por el enigma de esa mujer que aún no sabían si alguien la estaría echando de menos, Mireia seguía buscando en internet, en las listas de desaparecidos si la daban por perdida en algún lugar.

— Lo más seguro es que la conozcan en Banjul. De allí vino, no? — hizo entender a Mireia que se resistía a ubicarla allí.

La joven doctora no quería regresarla a ese país, algo le decía que Bárbara tenía que volver a sus raíces, encontrar algún familiar, alguna amistad que la devolviera a la cordura.

Una tarde, en el piso de Madrid que habían alquilado César y Mireia para iniciar una vida juntos, como declarada pareja de enamorados, estaban con Bárbara sentados cómodamente en el salón escuchando un concierto de cello en la televisión, en el canal de Youtube. Era un músico muy famoso por su gran talento. Su nombre era Steven. Bárbara de inmediato, al verlo, se levantó y muy alterada no paró de señalarlo, mientras de sus ojos brotaban espesas lágrimas de intensa emoción.

— ¿Lo conoces, Bárbara?

— ¡Steven!, él me conoce. Él sabe quién soy. He tocado con él...

Y la espiral de sus memorias volvió a girar haciéndole perder el sentido. César la cogió a tiempo para que no se hiciera daño al caer y la recostó en el sofá, poniendo sus piernas en alto. Mireia fue a por unos paños mojados y la refrescó, cubriendo su frente y su rostro con ellos para que volviera en sí.

Ella estaba en esos momentos en otro lugar, desplazada sobre las notas que seguían sintiéndose desde el televisor con una de las melodías más bellas jamás interpretadas: "*La Paloma y yo*" con la voz inconfundible del adorable Oliver Dranovich.

CAPÍTULO 5

La estrella de Elías



Su espíritu había volado muy lejos. Se encontraba en el *Palazzio Vecchio*, en el Salone del Cinquecento de la hermosa y encantadora ciudad italiana de Florencia.

Ante ella estaba Steven, el chelista que mostraba su talento en un concierto de gala muy célebre. Tocaba para el maestro Rhospimak, máximo violoncelista que quedó profundamente impresionado con la fabulosa actuación de uno de sus últimos y mejores alumnos.

Bárbara asistió invitada por el director de cine Marco Piazza, ausente en ese evento debido a unos compromisos de última hora, cosa que a ella no le importó en absoluto, todo lo contrario, se alegró de no ir acompañada para disfrutar con mayor placidez del concierto.

La sonrisa pícaro del chelista, unida al porte varonil...

La aireada soltura de su corta melena y esos rayos de atardecer prendidos entre mechones que invitaban a comprobar su brillante suavidad.

La mirada profunda e intensa tras unos ojos ávidos de penetrar en los confines del misterio.

Labios pidiendo y ofreciendo volcánicos besos con tan sólo verlos pronunciar cada pensamiento, cada palabra, cada sonido que surgiera de ese caudal artístico que acompañaba cada gesto, cada paso, cada mirada, cada manifestación de su ser.

Los astros se conjugaron el día de su nacimiento con las particularidades que facilitaban la expresión mediante la música.

Poseía pues, ese don de convertir cada nota en un poderoso emisario a la exaltación de los sentidos.

Técnicamente hablando, contemplado desde la óptica física, eran vibraciones cargadas de su especial energía, transmisora de ondas que acrecentaban los deseos de vivir, de sentir, de expandirse como seres cósmicos hasta rozar el infinito en el inmenso espacio sin límite ni barrera.

Era capaz de liberar el recuerdo de esas sensaciones que permanecen aún levemente en la conciencia humana sobre ese ser que hemos sido antes de encarnar en la Tierra.

Sus manos empezaron a poseer ese instrumento como si una prolongación de sí mismo se tratara. Las cuerdas obedecían emitiendo la vibración que impulsaba las órdenes de su mente, de su alma, que unida a todo el conjunto en sí, hombre y violonchelo estaban encargados de emitir algo muy especial que seguiría vibrando en cada una de las personas que escuchaban esos sonidos, esas melodías que, esparcidas en la sala se iban filtrando por todas las ventanas de la receptividad abriéndose de par en par para inundarse de tal belleza musical.

Su capacidad para conmover era tal que tenía miles de seguidores y fans que se multiplicaban día tras día cautivos de su talento.

Bárbara quedó herida de amor. Sólo podía ser él quien consiguiera derretir su gélido corazón.

Sólo un hombre con tal genialidad y carisma dominaría su voluntad hasta hacerla sucumbir mediante su música, a través de esa emisión particular de notas vibratorias que hipnotizaban de inmediato, conduciéndola a ese universo mágico que prometían ,delicadas y salvajes a la vez.

Al acabar el concierto ella estaba convencida de que ese hombre iba a entrar como un huracán en su vida y no le importaba dejarse absorber por su magia. Sabía que todos esos años sin amor tenían un motivo: esperarle.

Esperar su momento y el lugar para encontrarse con Steven.

Tras el concierto seguía una cena a la que estaban invitados todos los asistentes. Ella era una de ellas y el excelente chelista ocuparía un lugar privilegiado en la mesa, donde sería homenajeado en el exquisito banquete.

No deparó en ella, pero a la hora de las presentaciones Bárbara intentó que no se notara su profunda admiración y esa extraña atracción que sentía poderosamente hacia él.

Al acercarse a su rostro para corresponder a los dos besos de cordialidad en las mejillas, notó la suavidad de su media barba que igualmente dejaba apreciar esa calidez de sus mandíbulas dotadas de un alto voltaje erótico, por su varonil pronunciación, como cálices de unos labios inquietos y generosos, dispuestos a expresar en cada mínimo gesto esa pasión que se encendía a fuego vivo en su interior.

Besarle fue su perdición. Quedó atrapada en una cárcel de llamas de amor vivo.

Se sentaron uno al lado del otro, los asientos estaban así dispuestos según los nombres que había en los platos. Bárbara, Steven, uno al lado del otro...

Se intercambiaron en inglés algunas palabras acerca del concierto.

Ella sabía tocar el piano, y por ello, pudieron hablar sobre música. Bárbara no había actuado en público nunca, por lo que no tenía la experiencia de tocar ante nadie que no fuera su profesor de música o mismamente sus compañeras de clase, en el instituto. Por ello, ante la invitación de Steven de tocar el piano que tenían en la sala tras la cena, ella se negó rotundamente, riendo como si se tratase de una broma, de un comentario absurdo para llenar ese tiempo mientras cenaban y no mantenerse en silencio.

Pero iba en serio.

Tras la cena, él apartó con suma caballerosidad la silla de una Bárbara encandilada y con la otra mano la invitaba a seguirle.

Steven la miró bajo sus agudas cejas que se asomaban pobladas de fuerza y con decisión desde las cuencas orbitales en una fascinante y pícaro mirada.

No se podía resistir. Iría con él al fin del mundo si él se lo pidiera.

La mano del músico tendida, esperando la de esa mujer a la que había despertado la hembra que llevaba dentro y que se unía a la esencia femenina en el universo de las sensaciones.

Se dejó llevar por esa fuerza misteriosa...y más aún cuando vio la estrella de Elías grabada en una pulsera con cinta de cuero que llevaba en su muñeca. Para ella simbolizaba la integración con el cosmos de forma absoluta. Esa señal era inequívoca: él era su guía.

Su mente no gobernaba su cuerpo...estaba bajo el influjo de ese hombre y toda su capacidad de posesión.

Al sentir su mano, corrió una fuerza sutil por sus nervios sensitivos. Era pura conexión.

Él conectaba con todo lo que tocaba.

Por eso la armonía con su chelo.

Por eso enamoraba a quienes tenían la excelente oportunidad de verle tocar, de verle sonreír. Porque conectaba con la esencia de las personas, llegaba a su espíritu, a su alma, a su corazón.

Al tomar al mano de Steven, fue como si recibiera todo ese consuelo que no obtuvo de pequeña, en casa de su tía, pues él destilaba comunión con su pesar, sentía que la comprendía aunque no la conociera apenas, era como si supiera que en su interior había sufrido mucho y él estaba ahí, a su lado, para

hacerle saber que era merecedora de consideración y de mucho amor.

Los destellos de su mirada así lo reflejaban: puro amor, y promesas de grandes pasiones.

Se aceleraba su corazón a medida que abandonaban la mesa y se acercaban de nuevo a la sala del concierto.

Nadie les podría molestar allí, todos estaban en el patio interior bajo los arcos del claustro que rodeaba la estatua del ángel y el delfín.

Ya en el atrio, él le mostró, señalando al imponente piano de cola negro reluciente, el cometido que debía proceder. Que lo tocara.

Bárbara fue conducida por una fuerza sobrenatural al espacio magnético que la atrapó por completo.

Se situó frente a las teclas que se exhibían mostrando el camino que sus dedos debían recorrer.

Él se situó detrás de ella, sentado en una banqueta que dejaba sus espaldas en pleno contacto, la de ella y la de él, fusionándose como dos personas convertidas en una, esperando la sintonización perfecta para empezar a producir la melodía más bonita del mundo.

Ese momento fue tan especial que hasta la intimidad que precisaba se mantuvo sin que nadie entrara a enturbiar la naturaleza de su evolución.

La finura de sus dedos movía hilos invisibles que encontraban en la expansión de sus ramificaciones sensoriales la conexión con ella.

Como dos raíces enlazadas iban a experimentar el sabor de un mismo jugo, de una misma savia, del mismo elixir poderoso que liberara la más pura de sus energías encaminada a convertirse en música.

Ella dejó que fueran poco a poco aterrizando las yemas de sus dedos sobre

el marfil de las teclas, empezando a emitir una melodía totalmente original, fruto del momento, de ese mismo momento.

Como si él estuviera dentro de ella, supo qué ocurría. E igualmente sintió la misma orden que provenía de lo más recóndito del universo, algo fuera de lo humano y terrenal, era tan espiritual que no cabía en mente humana comprenderlo.

Madrid

— ¡¡Bárbara, despierta!! — susurraba Mireia cada vez más nerviosa y excitada al comprobar que esa mujer tenía contactos muy por encima de sus pronósticos al respecto. O tal vez sólo asistió a uno de los conciertos que el magnífico chelista había dado y por ello aseguraba que la conocía. Tantas personas se hacen fotos con famosos que creen después que serán recordadas por los mismos... O por qué no el famoso músico y ella tenían algún tipo de relación o amistad... ¡Quién sabe! — pensó para sus adentros.

Se fue recuperando poco a poco, bebiendo a sorbos un vaso de agua, sin parar de mover su cabeza como muestra de estar recordando una parte muy importante de su vida.

— Fuimos...grandes amigos. — concluyó ella, sin revelar que más bien fue el amor de su vida.

Bárbara vivió con él una pasión de ensueño. La acompañó en el rodaje de la película que protagonizaba precisamente en una escena en la que ella tocaba el piano y él el chelo, en la plaza San Marcos de Venecia. La participación de Steven convertiría la película en un gran éxito pues la afinidad de la pareja era evidente y creaba esa magia alrededor que transportaba al público al mismo Edén.

Pero no se llegó a estrenar nunca esa película.

Algo pasó... un terrible accidente acabó con la vida del director y por ello no se pudo concluir el rodaje.

César inmediatamente buscó en internet todo lo que pudiera relacionar a esa mujer con el gran chelista, y encontró algo que le llamó muchísimo la atención.

Aparecía la fotografía de esa mujer tan misteriosa que por fin tenía un pasado, un pasado demasiado intrigante....

Se la había relacionado con el accidente que causó la muerte del mismísimo director del film.

La pistola que uno de los actores apuntaba hacia él mismo en una secuencia donde también participaba, llevaba una bala dentro, cosa que a todos extrañó dado que en las múltiples pruebas nunca se cargó.

Interrogaron a todos los actores, incluyendo a Bárbara, que la apuntaban como sospechosa al haberles visto muy de cerca en los ensayos. Después se supo que Marco tenía relaciones turbias con clanes de la mafia siciliana, y que podría haberse tratado de un ajuste de cuentas, al asociar al actor que disparó contra él con dicho sector en la clandestinidad.

El actor del disparo fortuito fue hallado en las entrañas del canal sellando el silencio que protegía a los verdaderos causantes.

Bárbara tuvo durante años protección policial pero de la noche a la mañana desapareció sin dejar rastro. Algunos aseguraban que se había marchado a un país tropical, intentando rehacer su vida y escondiéndose de quienes liquidaron a su compañero de reparto.

Capítulo 6

EL ESCORPIÓN



Venecia. Año del rodaje de “DESTRUCTORA”

Era una mañana de intensa paz. Los pájaros comenzaban a hacer su sonoro homenaje al sol naciente con trinos de diferentes tonalidades, en un concierto vespertino que, a esas tempranas horas entre las 6 y las siete, demostraba quién era el dueño del silencio en ese momento. Después, el ruido de los coches y las persianas al levantarse, las voces de la gente y demás expresiones humanas confirmarían que la ciudad había vuelto a recuperar su ritmo.

Bárbara escogió uno de sus más elegantes vestidos que tenía reservado para la ocasión que tanto había esperado. Aprovechó el día libre que tenía de rodaje para encontrarse con un hombre.

Pero ese hombre tan especial no sabía quién era ella exactamente. No era solamente la futura estrella de la película llamada “DESTRUCTORA”. Era alguien más cercanamente involucrada en su vida.

Federic tomaba su cappuccino en su terraza habitual. Era una de las más típicas, donde se saboreaba mejor el café ante la vista del canal en una de las cafeterías más bonitas de Venecia.

Como de costumbre, el camarero le traía primero las tostadas con mantequilla y mermelada y le daba charla mientras su primer cliente del día iba untándolas y cortándolas con sumo cuidado de no mancharse los dedos.

Marcelo, el camarero le contaba las últimas noticias del hotel que englobaba todo el edificio y que también comprendía la gran cafetería donde él había ido yendo desde hacía más de cinco años, los que llevaba en esa maravillosa ciudad italiana esperando ser el último sitio que vieran sus ojos antes de morir.

Federic sabía que le quedaba poco tiempo de vida. Un par de años más si acaso, según el pronóstico de su amigo médico, Hansel, un prestigioso oncólogo alemán que le diagnosticó el tumor incurable en el cerebro.

Por ello prefirió, en lugar de someterse a los tratamientos de radio y quimio, irse al lugar más bello donde disfrutar lo que le quedaba de vida.

Venecia era su pasión, sus calles, el ambiente, la atmósfera... era el marco idóneo para hacer cumplir su último sueño: le gustaba pintar y en sus ratos de mejor estado saludable, se entusiasmaba plasmando los colores del atardecer sobre las aguas y edificios de Venecia, sintiendo la esencia del lugar, fundiéndose en ella.

Bárbara se acercó y se sentó justo al lado. Por supuesto que su belleza llamó la atención como así lo esperaba.

Federic la miró, embobado por el destello que había eclipsado su aparición y no pudo reprimir un saludo de cortesía al menos para manifestar que era afortunado al estar acompañado a esas horas tan tempranas de una

bella mujer en la misma cafetería que sólo tenía como testigos al canal y alguna de sus góndolas aún durmientes.

Ella le miró girándose extrañada y con una sonrisa correspondió a su saludo asintiendo con la cabeza mientras le daba los buenos días en un correcto italiano.

Lo tenía todo estudiado.

Él tenía una hija cuya pasión era la moda. Ese era el gancho para acercarse a la joven. Tenía importantes motivos y tenían que ver con lo que le había ocurrido a su familia hacía ya muchos años.

Durante años imaginó la secuencia de detalles que deseaba ejecutar para cumplir su promesa: la venganza que saldaría esa cuenta pendiente con el que también asesinó a su padre.

No podía permitir que ese tipo siguiera como si nada, disfrutando cada día mientras bajo tierra aún latía un corazón por obtener justicia.

Cuando era niña, pensaba que mientras hiciera el bien no le pasaría nada, que si obraba su familia respetando y siguiendo la ley, no había problema pero si alguien les intentara hacer daño o les perjudicara, la justicia intercedería. Al comprobar que no fue así, que se seguían haciendo maldades y no pasaba nada, es más, se tenía más poder cuanto más perjuicio se ocasionaba... entonces supo que no bastaba con denuncias ni juicios, había que pasar a la propia intervención.

Fue en un viaje casual que hizo a Croacia con Steven, con motivo de acompañarle a un concierto privado donde reconoció a ese hombre que tenía un lunar sobre su ceja. Inconfundible. La misma mirada de asesino sanguinario que por mucho que sonriera no podía ocultar esa odiosa personalidad sanguinaria que no olvidaría jamás.

Roma

La mujer de Federic sabía de las andanzas de su marido con unas y con otras pero no hacía nada por evitarlo.

Al principio resultó para ella una gran decepción, después de haberse entregado en cuerpo y alma a ese hombre que no era del gusto de su familia, que tuvo que renunciar al cariño de los suyos por seguirle, pues sus padres le dieron un ultimátum, o lo dejaba o no volverían a verla nunca más. No querían ver convertida a su hija en una desgraciada sabiendo que él era miembro de una organización criminal dedicada a la extorsión y el blanqueo de capitales.

Federic le prometía a Fanny, como así se llamaba la ingenua hija de los Fossati, buena familia trabajadora y honrada, que en poco tiempo dejaría esos asuntos para abrir un negocio, un restaurante y formar un hogar con ella, demostrando a sus padres que iba en serio con su hija.

Pero en la organización que pertenecía Federic no era tan fácil abandonar los lazos que le ataban de por vida a una sociedad con un gran compromiso de lealtad. Nadie se libraba así como así. Para seguir con vida tenía que continuar perteneciendo a esa otra familia sin poner en peligro a los demás miembros, todos implicados hasta el final.

Así fue como pasó el tiempo y ante las falsas promesas ella decidió renunciar a su amor y volver con su familia, pero ya era tarde pues empezó a sentir los síntomas del embarazo que estaba gestando, lo que la condujo sin

escapatoria a vivir con él para garantizar un padre a la criatura que iba a traer al mundo. Sus padres no la admitirían en ese estado de buena esperanza y, antes de ver cómo la echaban de casa, se armó de valor y asumió el futuro que le esperaba con Federic.

Fanny vivió al principio un sueño hecho realidad. La llevó de viaje de novios, en su tercer mes de gestación a toda Europa: París, Viena, Berlín, Madrid, alojándose en fascinantes hoteles de lujo, hospedándose en las mejores suites, asistiendo a los teatros, salones de baile y casinos donde eran la admiración de todos, dada la elegancia que lucía Fanny con sus increíbles vestidos, todos diseñados por excelentes maestros de la costura que hacían resaltar todos sus encantos de mujer, disimulando la prominencia en su vientre que aún pasaba desapercibida.

Pero al regresar a Roma, la sorpresa fue encontrarse en el maravilloso palacio que había adquirido Federic fácilmente mediante embargos forzosos a su propietario, un conde que lo perdió todo en las apuestas fallidas del casino que frecuentaba el marido de Fanny.

Era una preciosa morada para el tipo de vida que pensaba llevar. Tenía varios salones para hacer grandes fiestas, una escalera majestuosa que se levantaba desde el colosal hall, toda ella de mármol blanco y barandas de la misma roca artesanalmente pulidas formando tallos y hojas de flores, dotando a ese espacio de la categoría de museo, además de los numerosos cuadros con obras de gran valor de artistas relevantes del Renacimiento, que decoraban las amplias paredes de todo el palacio.

Una lámpara formada por un universo de brillantes cristales se suspendía desde el techo hasta una altura que se pudiera admirar y considerar inalcanzable a la vez. Era un broche de lujo en esa magnífica vivienda que a todo el que acogía en su interior lo impulsaba a sentirse un poco menos mortal

y más divino, más poderoso, más afortunado por ser merecedor de tanta belleza y grandiosidad.

Fanny se sintió de pronto en una princesa de cuento de hadas. Cada mañana recibía el desayuno en la gran cama rodeada por los cuatro pilares que sustentaban el dosel con las cortinas de encaje, y abriendo éstas, aparecía asomándose para recibir al servicio como si fuera un miembro de la nobleza que en tiempos pasados habían vivido allí, en ese inmenso palacio digno de personas de la alta sociedad.

Por recomendación médica tenía que guardar reposo y asegurar así un buen parto, lo que la convirtió en una especie de prisionera, pues apenas podía salir. Los paseos por los enormes jardines que rodeaban al palacio, que en un principio eran una aventura para los sentidos, por la variedad de flores y plantas así como de árboles frondosos y fuentes a cuál más impresionante, se fueron haciendo rutinarios y aburridos. Ya no disfrutaba al sentarse en su banco preferido, a la sombra del sauce cuyas ramas se doblaban formando un techo que procuraba la sombra perfecta y se extendían para tocar con sus puntas los chorros de agua que surtían de la boca de figuras escultóricas en la fuente que se erguía de un estanque con peces de colores y nenúfares.

Un día no pudo más y pidió al chófer que la llevara al centro. Quería distraerse y dejar de pensar en su familia, de lo feliz que sería teniéndolos allí con ella algunas tardes o por qué no en alguna fiesta donde incluso se echara un baile con su padre, como lo hacen todas las novias al celebrar su boda.

Pero no podía ser. Su familia no quería asomarse siquiera un ápice a la vida que había elegido ella. No tendría abuelos su hijo o hija a los que ir a visitar o contar cuándo se le ha caído el primer diente o mostrar su traje de comunión, o..tantas cosas que se perderían... por no querer mezclarse con ese canalla que arrastró a su hija al peligroso mundo de la mafia.

Ella no lo quería ver así. Fanny aún no había tenido evidencias de ninguna extorsión ni manejo ilegal de divisas ni nada parecido. Sólo veía a su marido ocupado en la compra y venta de inmuebles, lo que le hacía pensar que los beneficios eran los propios de un agente inmobiliario, cuyas ganancias eran derivadas de las comisiones que se suelen concertar con los clientes.

El chófer le advirtió a Fanny que procurara no distraerse demasiado, que tenía órdenes estrictas de que no saliera de la mansión para asegurar su embarazo. En realidad tenía ya unos cuantos enemigos que podrían hacer daño a su mujer para vengarse por la cantidad de estafas que les habían arruinado.

Fanny entendió lo preocupado que estaba su marido por ella y recorrió las tiendas con el tiempo limitado que había establecido con Ben, el chófer. Compró prendas infantiles que ya soñaba con ver puestas a su próximo retoño, y se dejó aconsejar por la dependienta de la tienda de puericultura cuando le proponía un colgante con una bolita en cuyo interior bailaba con el movimiento un pequeño cascabel. Según la joven que se lo estaba vendiendo, era un protector para su bebé, que al sentir ese toque metálico pero agradable en su mamá, desarrollaría plácidas sensaciones de armonía y bienestar, y que por ello se les llamaba llamador de ángeles.

Contenta fue a la mansión con su recién adquisición, pero al intentar estrenarla y procurar que su marido no se enterara de su salida, pidió a la cocinera que mintiera y dijera que había sido ella quien se lo había regalado.

No se quitó el collar llamador de ángeles durante todo el embarazo y cuando dio a luz se lo puso a su bebé, que resultó ser una preciosa niña, colgado en uno de los barrotes de la linda cunita.

Nina se crió con todos los caprichos, y su padre, para evitar estar pendiente de los que pudieran acechar a su familia, hizo una gran escabechina y uno a uno, fue eliminando con la discreción habitual, a todos los que habían

jurado vengarse de él por haberlos hundido y condenado a la miseria.

Con la confianza puesta en su servicio de escolta, dejaba que su mujer saliera con sus amigas a tomar el té o a los aniversarios que celebraban en sus casas, así como a los actos del colegio en los que todos los padres de los alumnos del prestigioso centro educativo, asistían para ver a sus hijos en sus avances o en las típicas actuaciones del teatro infantil.

En una de esas reuniones , Fanny notaba cómo una de las madres sonreía demasiado a su marido. Le miraba con la picardía de quienes han tenido ya algún roce íntimo e intentan demostrar lo mucho que les atrae ese tipo de acercamiento que no es propio una vez se está casado.

Al llegar a la casa ella intentó que él reconociera lo que había entre esa mujer que no paraba de mirarle y él. Entre mentiras y más mentiras se marchó aquella noche harto de la situación de acoso por parte de su esposa y no volvió en tres días, eso sí, con un enorme ramo de flores y un collar de diamantes que cerrara la boca de una vez a Fanny y prometerle un viaje al Caribe, donde habían estado ya sus ostentosas amigas. Averiguó poco a poco que el marido de aquella mujer que le sonreía tanto en el teatro del colegio, también tenía negocios afines a los de Federic , y que la pareja infiel de vez en cuando se veían en un rinconcito discreto.

Tuvo una enorme decepción al enterarse gracias a los comentarios envenenados de una de las criadas que le relataba a otra y que ésta no contó con que su ama estaba asomada en la ventana en ese momento, escuchando el repertorio de chismes que tenían a su marido y a la adúltera del colegio como protagonistas.

No dijo nada, tan sólo guardó para sí esa información y procedió a vivir de una manera que no le volviera a afectar ni lo más mínimo asuntos como ese. Se preocupó totalmente de su hija apartando a su marido de su corazón que ya

se había empezado a romper a pedazos.

Cada vez que iba de viaje ya sabía Fanny que su marido disfrutaría de la compañía femenina que en esos momentos tuviera a su alcance. La frialdad del mármol pareció conformar igualmente su carácter, y se volvió insensible a todo menos a lo concerniente a su hija, a Nina, de la que recibía todo el cariño que necesitaba y le bastaba con ello para hacerla sentir feliz.

Los años pasaron y la hija se convirtió en una preciosa adolescente, coqueta y fina, con una educación brillante que manifestaba en sus intervenciones en público, demostrando ser poseedora de cultura y conocimientos en muchas materias.

Fanny ya no le miraba los bolsillos de sus chaquetas para confirmar con los detalles que encontraría las continuas infidelidades: a veces eran llaves de los apartamentos donde tenía a cuerpo de reina a las amantes de turno o recibos de recogida de los regalos que les hacía: joyas, vestidos....que en un principio creía que eran para ella, hasta que , cansada de esperar que se los entregara, determinó no verle más como pareja sentimental, sino como al padre que su hija adoraba, y que con ella siempre cumplía satisfaciendo todas sus necesidades y deseos.

Para Nina, su padre era el dios de su Universo, capaz de bajarle la luna si se lo pidiera. La llevaba a todas las fiestas de la alta sociedad donde, a pesar de ser una chica tímida y reservada, causaba gran admiración por parte de los que compartían con ella la misma mesa y hasta le salían pretendientes que ella rechazaba al no sentir ninguna atracción hacia ellos. Casi todos eran hijos de familias ricas como ella, acostumbrados a obtener fácilmente todo lo que se les antojara, carentes de otras metas más interesantes y humanitarias como ella tenía.

Nina aprendió con su madre a apreciar la buena música. Además de su

preparación universitaria en Derecho, la apoyó para que dominara un instrumento musical, el que más le motivara y ella escogió el piano.

Por ello, en cuanto su padre la vio tocar una pieza en el piano del colegio, llamó a su secretaria para que le llevaran a casa el mejor piano de cola del mundo.

Nina se volvió loca al ver el día de su 18 cumpleaños, en el salón de su palacio, el imponente Steinway, una obra maestra de artesanía que prometía la mejor sonoridad, magnífico timbre y volumen. Desde entonces, no había día que las notas de bellísimas melodías no dejaran de salpicar de pura creatividad musical toda la casa. Ese torrente artístico que manifestaba cada vez que se sentaba delante del piano, lo acababa de despertar de su interior. Era quizá la herencia genética que su familia materna le había dejado en su ADN, a través del abuelo de Fanny, al que no conoció nunca y que fue un gran músico que viajó con su cello por todo el mundo, deleitando con su música a los que iban a sus conciertos.

Casualmente, entre los videos que las amigas de Nina enviaban por Facebook, vio una actuación la joven pianista que la dejó profundamente impresionada. Se trataba de Steven, un violonchelista diez años mayor que ella que , además de ser un brillante músico era terriblemente atractivo. Enseguida quedó prendada de la fuerza magnética que ejercía y desprendía, en intensas ráfagas de pasión desbordada.

Natural de Croacia, cuna de genios de la música, poseía ese aire caballeresco propio de guerreros medievales capaces de defender hasta la muerte los principios que movían sus vidas, sus luchas, sus conquistas.

Nina escuchaba una y otra vez las interpretaciones que Steven tocaba. Soñaba con verle actuar en uno de sus conciertos, y cuando su padre se enteró que tenía en él volcado su corazón, se enfadó rabioso de que se fuera al traste

lo que tenía planeado para ella respecto a su futuro marido. Quería emparejarla con el hijo de una familia muy rica e influyente. El enamoramiento hacia Steven era todo un impedimento que hundiría su estrategia. Iba a organizar pronto un crucero en un yate privado con la familia a la que quería entregar su hija.

A pesar de que su hija y el músico no se conocían, bastaba que ella le insinuase estar interesada por él para que, dada la fortuna de Nina como heredera de su particular imperio, ese violonchelista quisiera aprovechar las circunstancias y seguirle el juego a Nina hasta conseguir que lo patrocinara y además llevarla al altar, casándose con una gran fortuna.

Fanny, al ver que su marido iba a enjaular a su hija como hizo con ella, decidió llevársela lejos para evitar la pesadilla de verla infeliz día a día sin poder hacer nada más que consolarla y enseñarla a disfrazar las lágrimas en el rostro.

El día del viaje estaba cerca y le quedaba poco tiempo. Preparó todo con mucho tacto, hizo como si estuviera de acuerdo en hacer ese crucero y acercar a los dos jóvenes, mientras a sus espaldas iba organizando la fuga.

Federic no se dio cuenta de nada, seguía viendo la cara tristonca de Nina ante ese crucero que no le apetecía para nada y le prometía que iba a ser muy feliz al recorrer todos los puertos de la costa italiana y Croacia.

Al enterarse de esto, Nina cambió de cara pues sabía que Steven era natural de Zadar, Croacia, y así tenía la ocasión perfecta para visitar los mismos lugares que a Steven le eran tan familiares. Podría fingir seguir el juego a su padre... y así se lo propuso a su madre que deshizo todo el plan de escape para satisfacer los deseos de su hija.

En el puerto deportivo estaba esperándoles una pequeña embarcación que

llevaría a la familia Morelli hasta el gran yate de los Luchesse.

En Croacia, en una de las islas, tenían estos amigos una gran mansión. Estaban deseando llegar para dar una gran fiesta sorpresa allí, donde se suponía iba a pedir la mano de Nina tras ese crucero privado en el que intentarían acercarse a los dos jóvenes y así reunir las dos grandes fortunas de las dos familias para aumentar su poder.

Nina soñaba con poder ver a Steven, deleitarse con su música en directo, en vivo, ver por sus propios ojos cómo hacía surgir tantas emociones en sus actuaciones, y por supuesto en su vida personal no se imaginaba lo bonito que sería poder compartir con él ese tipo de conversaciones que sólo seres tan sensibles pueden transmitir tantas cosas sólo con la mirada, los gestos, y especialmente el brillo de sus magnéticas pupilas.

Se le tenía prohibido hablar con él, su madre se lo avisaba antes de que por casualidad o por mera coincidencia, tuvieran la posibilidad de verle en esas maravillosas islas del Adriático.

Pero precisamente en la fiesta de pedida que tenían preparada en la mansión de la isla, Steven apareció como arte de magia para ofrecer uno de sus conciertos sorpresa a la familia, desconociendo a la que iba a dejar más que deslumbrada...

Ante todos, en la gran extensión de los jardines bordados de playas y acantilados, llegó un yate que nadie esperaba. Sólo la madre del joven Luchesse conocía la misión que les había encargado a sus ocupantes: iban a dar un concierto a petición suya.

Nina estaba sentada en la mesa principal, expectante desde que llegó a esas aguas que habrían reflejado alguna vez la belleza de su querido músico y del que platónicamente estaba enamorada.

Giovanni aún no le había pedido su mano. Esos días que pasaron en el crucero fueron divertidos gracias a las simpáticas ocurrencias que él explicaba a todo momento, pues tenía un carácter muy desenfadado que le hacía ver el lado cómico de las cosas.

Si Nina no estuviera envenenada por el fuego que ardía en su espíritu desde que vio a Steven tocar , quizás hubiera llegado a sentir algo más por Giovanni, pero algo en su interior le decía que sólo con él podía ser feliz y tenía que intentarlo. Fanny le recordaba a su hija que ese amor era muy bonito pero que a su edad se magnifican a las personas y, lo que desde su óptica le parecía increíblemente maravilloso, desde la cotidiana realidad todo era diferente, y que las personas, todas, tienen sus lados oscuros y sus lados brillantes y sólo conocía el que Steven lucía en los escenarios.

Para preparar la sorpresa, llevaron a los jóvenes a la parte trasera de la mansión, distrayéndoles con algunos juegos como el tenis de mesa. Mientras tanto, disponían todo para el concierto, y con él procurar el mejor ambiente para que se hiciera efectiva la pedida de mano de la joven Nina por el primogénito de los Luchesse, Giovanni.

Cuando todo estaba ya listo en el gran salón de la mansión: las sillas y mesas perfectamente dispuestas y escogidas para cada invitado, que fue guiado uno a uno por los encargados de organizar el evento, para que ocupara su preciso lugar.

Sobre el atrio, tres sillas y los atriles metálicos para apoyar las partituras.

Iba acompañado de Bárbara.

Nada más ver a Federic, Bárbara supo quién era...Lo reconoció nada más ver el lunar sobre su ceja.

Escondida tras unas columnas aguardó hasta que se cercioró

completamente. La vorágine de recuerdos estallaba en su cabeza intentando recomponer el puzle al tener delante la pieza que faltaba.

Con disimulo salió de la isla en uno de los botes y volvió al hotel donde esperaría al músico para más tarde explicarle que se encontraba mal y prefirió descansar antes de quedarse allí rodeada de tanta gente.

Venecia

Ahora le tenía justo al lado. Tenía que ser muy inteligente para acabar con esa rata humana sin salir perjudicada.

—Tengo curiosidad, señorita. —Irrumpió el sexagenario. — ¿No será ud esa actriz tan famosa que está haciendo una película con el Sr Piazza? — Pues coincidió ese encuentro con los momentos previos al fatal desenlace que impidió su estreno.

— Bueno, algo así. Pero realmente soy la imagen para una firma de moda de NY . ¿Por qué lo pregunta? — insinuó Bárbara ese preciso foco de interés que atrapara su atención.

— Verá, me presento.— Dijo tendiendo su mano para que Bárbara le acercara la suya, y posando sus labios en ella continuó.— Mi nombre es Federic Morelli. Me alojo en este hotel aunque mi casa está en Roma. Allí tengo a mi mujer y mi hija. Nina, la pequeña, que tiene dieciocho años...para mí siempre será mi pequeña... — aludió en plan nostálgico— quiere ser modelo, y va haciendo sus primeros pinitos, pero seguramente le encantaría conocerla.

Federic le contó que la mayor motivación de su hija era estar en el mundo de la moda. Ver a las modelos desfilando era para ella un sueño y aprendió a dar sus primeros pasos en una escuela de top models que había en Roma.

Su hija no cesaba de asistir a los mejores desfiles de todo el mundo, soñando ser una de las estrellas del impresionante firmamento de la belleza y la moda.

Entonces Bárbara sugirió a Federic que podría traer a su hija a Venecia y realizar un reportaje con ella. Después hizo una serie de preguntas al camarero referentes al tiempo que iba a hacer esa semana. Fue dando pistas sobre el motivo de su interés, las fotos al aire libre en las plazas, calles y puentes que precisaban de una buena luz que recogiera la imagen con la máxima nitidez.

El camarero le comentó que haría un sol radiante y la felicitaba por haber escogido esa ciudad de ensueño para hacer el reportaje fotográfico, porque no había lugar tan romántico como aquél en todo el mundo.

Federic seguía el hilo de la conversación mirando por el rabillo del ojo a la modelo, y se intuía que quería participar en ese cometido para satisfacer su ego y presumir con esa mujer, esperando que cayera en sus garras, como solían hacer otras que anhelaban gozar de la poderosa influencia de ese hombre y convertirse en súper estrella.

Tener fama no era fácil en ese mundo de las pasarelas y las fotos publicitarias, por lo que un buen padrino aceleraría con éxito la carrera al Olimpo de las diosas de la moda.

Bárbara no quería fama, ya la tenía. Ella quería otra cosa bien distinta. Le quería a él envuelto en una sábana y arrojado al canal con una piedra atada a su cuello.

Quería que pagara por haber destrozado su infancia, su familia, su hogar.

Seguramente estaría encantado de asistir a una de sus sesiones de fotos. Ésa sería una buena ocasión para tender su tela de araña y atrapar su voluntad para que cayera en su trampa. Todo lo que tenía planeado iba a salir a la perfección, porque lo tenía todo calculado.

Federic sin embargo creía seguir poseyendo el gancho que él intentaba utilizar para atraer a su campo a la imponente mujer que deseaba conquistar y tenerla como a una más en su colección de capturas.

A los dos días la llevó a uno de los campos cercanos a Verona, donde solía llevar a sus capturas femeninas a la casa de verano que ahora estaba cerrada. A ella no le importó que no hubiera fotógrafos ni testigos que pudieran presenciar lo que allí iba a ocurrir.

Al salir del Audi , Bárbara comprobó que no había nadie más allí en aquel desolado lugar. La discreción en sus citas y especialmente con la estrella de su amigo Marco, era muy importante de guardar.

Bárbara, al no ver allí a su hija Nina, que en esos momentos estaba con su novio en Roma, le preguntó:

— ¿Dónde está tu bella hija?

— Tendremos que esperar un poco. Está muy ocupada con los preparativos de su boda.

— ¿Se va a casar? ¡Me alegro por ella! — sonrió Bárbara disimuladamente para camuflar la ira que le roía las entrañas.

— No creíamos que llegara a comprometerse nunca, pero tras un crucero con el hijo de unos amigos, acabó enamorándose de él.

— El mar es tan romántico... — intentó insinuarse ella con aire seductor.

En ese momento, Federic no se pudo retener más y la acercó hacia él,

intentando besarla.

Bárbara le pidió más intimidad por lo que se acercaron a la casa y pasaron a una de las habitaciones.

Cuando él ya estaba tumbado en la cama esperándola, ella apareció del baño incitándole a jugar un poco, quería taparle los ojos para provocar más intensidad en el placer que le iba a hacer sentir.

Él, acostumbrado a ese tipo de rituales en orgias y encuentros furtivos, la complació dejándose llevar.

Una vez le tenía atado a los barrotes de la cama y con los ojos vendados, sacó algo de su bolso. En una cajita tenía una sorpresa preparada.

De ella sacó un escorpión emperador. Era cuestión de unas horas que su picadura mortal fuera letalmente efectiva.

Al principio, él pensó que se trataba de los dedos de ella que hacían cosquillas sobre su abdomen, pero cuando el escorpión llegó a su cuello y notó un ligero movimiento en el cuerpo sobre el que caminaba, clavó sus tenazas en su piel inyectándole el mortal veneno.

No podía apartarlo de su cuello, por más que se revolvía en la cama no conseguía desatarse y comprendiendo que no era una travesura de la actriz, comenzó a gritar desesperado pidiéndole y finalmente rogándole que le soltara.

Ella entonces vio el momento oportuno para soltarle todo lo que le tenía que decir, toda la rabia acumulada, todo su odio deseoso de venganza.

— ¿Te acuerdas de aquella niña a la que dejaste en mitad de las llamas junto a su madre herida en el suelo? ¿Te acuerdas del hombre que te llevaste en mitad de la noche? ¿Te acuerdas del hombre que quemasteis y tirasteis a un

pozo?

— ¡No hice nada, yo no hice nada! — mentía Federic con el terror en su voz.

— Nunca olvidé tu rostro, malnacido! ¡Ahora pagarás por tus crímenes y morirás lentamente, sufriendo, como te mereces por la vida que me has hecho pasar. Vosotros me habéis convertido en lo que soy ahora. No creo en la justicia y me ha llegado la hora de ajustar las cuentas personalmente. Después de ti, caerá también tu amigo. No hay vuelta atrás.

Bárbara esperó a que surtiera efecto el potente veneno del escorpión que guardó cuidadosamente en un armario de la habitación. Tras dos horas de espera, por fin Federic dejó de respirar y fue entonces cuando le desató y quitó la venda de sus ojos.

No dejó ningún rastro de su presencia en ese lugar y caminando con mucho sigilo para que nadie la viera, llegó hasta la población más cercana, tomó un taxi y se dio un buen baño reconfortante. Ahora se sentía muchísimo mejor.

EPÍLOGO

Madrid

Bárbara paseaba en coche por Madrid con Mireia. Tenían cita con un importante psiquiatra que , a través de sesiones de hipnosis podría hacer regresar los recuerdos a la memoria afectados por el naufragio.

El prestigioso doctor experto en neurología se interesó personalmente e hizo llegar una invitación para tratar a Bárbara.

De nuevo, la suerte apareció en su vida milagrosamente. Su cuerpo recientemente revisado con analíticas y exploraciones, en la que se comprobó

que sus senos estaban perfectamente y los implantes no habían sufrido ningún deterioro, ahora iba a completar su restablecimiento con la magnífica atención de un gran experto en pérdidas de memoria en casos de shocks post traumáticos.

El doctor sometió a la primera sesión de hipnosis a la elegante paciente que alguien, con muchísimo interés, había intercedido para conseguir que la atendiesen en el mejor consultorio de salud mental.

La profesionalidad del psiquiatra se hizo notar enseguida, al sumergir a Bárbara en los momentos más violentos de su vida que, igual que el naufragio, provocaron ese colapso en su memoria.

Sesión tras sesión fue relatando lo que para ella eran como sueños: la burla de los niños del colegio que recibía por tener esa boquita tan diferente, el labio partido que la apartaba del resto de las compañeras. La amistad con su amiga Marta. La desaparición de la misma y por último la presencia de unos hombres que se llevaban a su padre.

Ese torbellino de recuerdos la sacudía en una constante agitación, por lo que el doctor tenía que parar de vez en cuando para que se relajara.

Pero desde ese terrible incidente, desde la marcha de su padre no quiso revelar nada más al médico. Todo lo demás que iba recordando se lo guardó para sí, aunque mientras estaba bajo los efectos de la hipnosis no podía evitar emitir algunas palabras que delataban las situaciones por las que había vivido.

Con miedo ante su propio pasado, Bárbara no quiso saber nada más. Se detuvo en el recuerdo de una juventud rodeada de grandes amigas en el instituto, y su entrada triunfal en el mundo fascinante de la moda.

A partir de su vuelta a Alicante no quiso saber nada más, algo le decía que eran arenas movedizas y que no soportaría saber quién fue en realidad,

qué locuras llegó a cometer cuando se transformó en toda una poderosa mujer.

Mireia hizo por ella lo que hubiese hecho por su madre. Cuidarla y protegerla de sus propios demonios. Cuando la veía intranquila, sabiendo que había sido una gran modelo, la llevaba a las tiendas para que la aconsejase sobre qué tipo de ropa llevar para determinado evento.

Un día, le pidió volver al parque en el que solía jugar cuando era pequeña. Fueron hasta Alicante y visitaron la zona en la que vivían su tía y su prima.

Aún seguía siendo un misterio qué había sido de ellas, pero Bárbara solamente fingió desconocer lo que les pudiera haber pasado. Comentó , eso sí, que por su parte había intentado rehacer el vínculo que las unía, a pesar de todo lo que la hicieron pasar.

Al ver el barco en el que se apoyaba cuando quería soñar despierta con una vida mejor, se acercó para ver si seguían escrito ese mensaje tan bonito que a ella le hizo tanta ilusión.

Unos niños estaban dentro jugando y ella les pidió que se apartaran un poco para ver lo que habían pintado detrás de ellos en el barco. Los niños rieron y , como si fuera un tesoro para ellos, le señalaron otros dibujos que había también en las otras paredes del barco.

— No, yo quiero ver el que hay detrás de vosotros.

— Si no hay nada....— se miraron con extrañeza los niños.

Para comprobarlo con sus propios ojos, los niños se apartaron y dejaron ver lo que había antes oculto por sus espaldas.

Sobre la superficie de pintura azul medio borrosa ya por el desgaste, se veía aún los trazos de lo que fueron en su día dos bonitos corazones enlazados. En uno se leía el nombre de Bárbara y en el otro, Marta.

Ahora entendía quién había escrito esos mensajes cuando imaginaba que habían sido destinados para otra persona...estaban dirigidos a ella misma, a Bárbara Alexander, y procedían de la mejor amiga que tuvo en su infancia, Marta , la única que compartió con ella juegos y risas y que una vez que marcharon de Madrid no volvió a ver nunca más.

Al salir del barco, miró alrededor buscando a Mireia, pero recordó que le dijo que la esperaba en la cafetería de enfrente y su mirada se detuvo ante una mujer que no paraba de mirarla.

Su cara, sus ojos, su melena...todo en ella le era tan familiar... ¡No podía ser...!

— ¡Marta! ¿Cómo me has encontrado?

— Bárbara, amiga mía. Nunca te he abandonado. Siempre he velado por ti. No podía decirte nada porque hubiera puesto en peligro a mi familia. Nos buscaban. Nos siguen buscando. Pero tengo mis medios para llegar hasta ti, estés donde estés.

— ¿Has sido tú la que envió al psiquiatra para mi recuperación?

— ...Y la que te sacó de casa de Teresa con la excusa de los servicios sociales...exigiendo que tuvieras un trato exquisito... y la que pagó una cuantiosa suma al cirujano para que te operasen...

— Marta... dime... ¿Tuviste algo que ver con la muerte de Marco? ¿Fuiste tú quien puso la bala en la pistola?

— No puedo decirte nada más...

Un coche apareció de repente, salieron dos hombres con aire de pura maldad en sus rostros, y a la fuerza se llevaron a las dos mujeres interrumpiendo ese reencuentro con violencia.

— No te preocupes, Bárbara. Son mis guardaespaldas. Nos llevarán a un lugar seguro. Ahora eres vulnerable, aquí en España corres peligro. Pero... dime... ¿Dónde te habías metido estos dos últimos años? Te había perdido la pista...hasta que un amigo tuyo habló en un programa sobre una mujer que no recordaba nada y preguntaba si alguien la pudiera reconocer, y por las características con las que te describía supe enseguida que eras tú.

— he estado en Gambia. Creo que te gustaría venir conmigo. Si yo he podido mantenerme allí en el más pleno anonimato, creo que tú también lo lograrías.

— Víctor! — exclamó, dirigiéndose al chófer.— ya puedes ir reservando dos billetes a Banjul. ¡Nos vamos ya!!

Notas de la autora.

Muchísimas gracias a ti, lector, lectora, por haber llegado hasta aquí y asomarte a estas páginas en las que he intentado mantener tu interés.

Confío que haya cumplido tus expectativas y hayas, principalmente, pasado un buen rato y te hayas entretenido leyendo mi novela “DESTRUCTORA”

Esta novela está escrita con el afán de hacer disfrutar de los paisajes, escenas que en ella relato y describo, por ello sería para mí un honor haberlo logrado, haber transportado al lector a lugares y situaciones que normalmente no se dan en la realidad.

La fantasía, la imaginación han hecho que se hayan ido sucediendo todos estos acontecimientos bajo el suspense y la intriga de una vida marcada por el deseo de venganza.

Pero igualmente he intentado que en determinados pasajes se llegue a palpar la sensibilidad que destilan personas dedicadas a la música, al arte, al cine... porque ofrecer un puñado de sueños es una gran satisfacción para el que se siente un mero portador de la creatividad del Universo.

Agradecería el gesto de aportar una opinión sobre esta novela, y para ello, o bien mediante una reseña en Amazon o mediante mi página de Facebook:

<https://www.facebook.com/kalimaspencer>

También pueden seguirme en Instagram:

<https://www.instagram.com/kspencerlibros/?hl=es>

Quisiera agradecer a mi marido y mi hija el estímulo que me han dado para acabar esta novela y seguir escribiendo historias que alimentan el mundo de la creatividad.

Muchas gracias.

